



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El hombre que ya murió

Brigitte acude a París en respuesta a un telegrama de su viejo amigo John Pearson, el inigualable agente británico «Fantasma». Ya en París, «Fantasma» le pide a la agente Baby que le ayude a encontrar a un agente del MI5 desaparecido.



Lou Carrigan

El hombre que ya murió

Brigitte en acción - 228

Archivo Secreto - 227

ePub r1.0

Titivillus 23-04-2019

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño de portadilla VI Aniversario: Etriol & lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

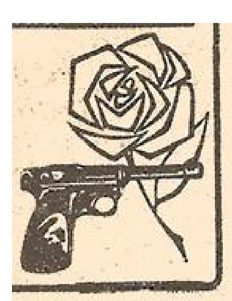


PROYECTO SCRIPTORIUM
EDICIÓN CONMEMORATIVA

6º Aniversario



Más libros, más libres



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio

Stanley Mark Morgan llegó junto al coche, y se asomó, para mirar a los cinco hombres que había en su interior: Peter Sanderson, Gerald Mathiesson, Ralph O'Brien, Ernest O'Neil y Chalmer O'Rourke, los cuales le miraron a su vez, expectantes.

—Ha caído en la trampa —sonrió Stanley Morgan.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Tal como yo esperaba, Alex Cunningham no confiaba en mí. Temía que dentro del portafolios hubiese una bomba que estallase al ser abierto. Así que me ha ordenado que abra el portafolios. Yo lo he abierto, él ha visto los cien mil dólares en fajos, y ha creído que estaba el millón completo. He cerrado el portafolios, y al hacerlo ha sido cuando se ha puesto en marcha el mecanismo que dentro de unos minutos hará estallar la carga que ocupa el espacio del portafolios que deberían ocupar los novecientos mil dólares que nos hemos ahorrado. Es decir que Alex Cunningham saltará en pedazos dentro de… —Miró su reloj de pulsera— un minuto y cuarenta segundos exactamente.

—¿Hacia dónde iba?

—Hacia el embarcadero. Ha debido llegar de Inglaterra en una lancha. Probablemente, la explosión se producirá cuando esté ya navegando. Sólo tenemos que esperar un poco más.

Se volvió, para mirar hacia el mar. Ya era de noche, pero se veía el brillo de la luna sobre las aguas, más allá del embarcadero de Deauville, en el Norte de Francia.

La explosión se produjo en el momento exactamente previsto por Stanley Mark Morgan. Allá, en el mar, apareció la roja bola de fuego, enorme, terrible…, y el estampido de la explosión llegó hasta los seis hombres, unos segundos después.

—Bueno —sonrió Morgan, mirando de nuevo a los cinco hombres del coche—, asunto terminado: ese agente del MI5 ha

muerto.

—Que el demonio lo lleve —sonrió Peter Sanderson.

—¿Hasta el día treinta, Stanley? —preguntó O'Rourke.

—Claro: hasta el día treinta. Adiós a todos.

En el mar, el agua pulverizada por la explosión, y restos de la lancha en la que había viajado el agente del MI5 Alex Cunningham, todavía estaban cayendo desde la altura a que la explosión los había enviado.

Capítulo Primero

El poderoso reactor de la Air France terminó su vuelo transoceánico, procedente de Nueva York, a las seis de la tarde. Tomó tierra sin novedad en una de las pistas del aeropuerto parisino de Orly, y, poco después, los pasajeros procedentes de Estados Unidos se dirigían a la aduana.

Pas de problème…

Ni piratas aéreos, ni contrabando de ninguna clase, ni armas… Ningún problema.

Por el contrario, parecía que todo iba maravillosamente para la Dulce Francia, porque no todos los días llegaba al país una norteamericana de nombre y apellido trances, que hablaba este idioma como pudiera hablarlo cualquier parisino, y que, además, era bellísima.

Para Francia, país de hermosas mujeres, no dejaba de ser todo un lujo recibir a la señorita Brigitte Montfort, residente en Nueva York, de profesión periodista. Nunca molesta recibir una hermosa mujer. Alta, escultural, magníficamente proporcionada, elegante, con los ojos azules más grandes y bellos del mundo, sus largos cabellos negros suavemente ondulados, y la sonriente boquita sonrosada, que parecía la de una niña deliciosamente cariñosa, *mademoiselle* Montfort fue gentilmente acogida.

En realidad, su equipaje, que constaba solamente de una maleta, apenas fue revisado. En cuanto al gracioso maletín de fondo rojo con florecillas azules estampadas, el sonriente empleado de la aduana lo abrió, sonrió al ver su contenido, y lo cerró. No era cosa de perder el tiempo examinando estuches de maquillaje, frasquitos de perfume que en buena parte eran franceses, una radio a transistores, un secador de cabello, una pequeña cámara fotográfica con su pequeño trípode de patas de aluminio…

—*Benvenue, mademoiselle. Bon sejour*!

—*Merci* —había sonreído Brigitte Montfort, de aquel modo tan encantador.

Y se alejó hacia las salas de espera, llevando su maleta y su maletín. Por supuesto, el empleado de la aduana estuvo unos segundos contemplando, estupefacto, las sensacionales piernas de la señorita Montfort, que parecían de seda y de oro, como toda ella. Luego, con un suspiro muy francés, continuó atendiendo su trabajo. *C'est la vie!*

Mientras tanto, la señorita Montfort, sin recurrir a los servicios de los mozos del aeropuerto, salió de éste, consiguió rápidamente un taxi, con lo que una vez más quedó demostrada su buena suerte, y, simplemente, pidió que la llevasen hacia París.

Muy poco después, para sorpresa del maravillado taxista, pidió a éste que detuviese el taxi, en plena carretera.

—¿Ocurre algo, señorita? ¿Se encuentra mal?

—No, no. Voy a apearme aquí, eso es todo.

El taxista miró alrededor. *Bon*, estaban en la carretera a París, *c'etait tout.*

—¿Aquí?

—Sí. ¿Cuánto le debo?

—Bueno…

—Naturalmente, pagaré el importe como si me hubiese llevado a París.

El taxista acabó por encoger los hombros, cobró sus servicios como si hubiese llegado a París, y, después que la sorprendente pasajera se hubo apeado, se dijo que lo mejor era volver a Orly, en busca de otro pasajero. Negocio pequeño, pero no había por qué desperdiciarlo.

La señorita Montfort estuvo mirando el taxi unos segundos. Gran cantidad de coches pasaban en dirección a París y en dirección a Orly, cruzándose con fuerte zumbido. Menos uno, que, apenas el taxi se hubo perdido de vista, llegó procedente de Orly. El coche se detuvo a un lado de la carretera, y el hombre que lo conducía se apeó, fue hacia la señorita Montfort, y se detuvo delante de ella, mirándola fijamente.

Era un hombre alto, rubio, de ojos claros, que debía tener unos cuarenta años. Atlético, elegante, atractivo con sus escasas canas en

las sienes, apenas visibles. Tras contemplar unos segundos a la sonriente señorita Monfort, el hombre tomó el rostro femenino entre sus grandes manos, se inclinó, y besó suavemente los labios sonrosados.

—Estás como siempre —murmuró—. Eres inolvidable.

—John: ya tienes algunas canas, ¿verdad?

John Pearson, alias *Fantasma*, el mejor hombre con que jamás había contado el servicio de espionaje británico MI5, asintió con la cabeza, sonriendo.

—Para mí, la vida y el tiempo pasan con toda normalidad.

—¿Quieres decir que para mí no pasan con normalidad? —rió ella.

—Exactamente. El tiempo y la vida se han detenido en ti. Mucho me temo que cuando yo sea un viejecito arrugado y encorvado, la agente Baby de la CIA seguirá siendo una muchachita de apenas veinte años.

—Eres muy amable, John.

—Corresponderé a eso ocupándome de tu equipaje. ¿Sólo una maleta?

Brigitte Montfort, alias *Baby*, la espía más peligrosa del mundo, alzó su maletín rojo con florecillas azules, sonriendo.

—Y mi maletín.

—Estoy seguro de que será suficiente.

El hombre del M15[1], señaló hacia el coche, abrió la portezuela de la derecha para que Brigitte ocupase aquel asiento, y, tras colocar la maleta en el asiento de atrás, se situó ante el volante.

—No vamos a París —dijo—, sino hacia Deauville.

—Tú sabrás lo que haces —aceptó Brigitte.

Pearson asintió, y puso el coche en marcha, después de señalar un compartimiento del tablero.

—Tienes ahí un plano de Normadie. ¿Quieres echarle un vistazo, para refrescar tu memoria geográfica?

Brigitte alzó la tapa del compartimiento, y sacó el plano. Era un piano turístico, de un bonito color verde, con las carreteras señaladas en blanco, y dividido en cinco cuadrículas. Los nombres de los distintos departamentos franceses que integraban la región normanda estaban en grandes letras rojas. Las ciudades más importantes, eran puntos rojos, y los nombres estaban en letras

negras: Le Mont-Saint-Michel, Granville, Saint-Lo, Cherbourg, Bayeux, Caen, Lisieux, Deauville, Le Havre… Los signos convencionales señalaban las playas con un parasol, los puertos con un barquito, los aeródromos con un pequeño avión en tinta negra, los castillos con un gracioso dibujito fácilmente identificable; los museos con una llave…

Le dio la vuelta al plano, y contempló las bellas fotografías de los selectos lugares escogidos para atraer la atención de los turistas: la Catedral de Rouen, la hermosa Abbaye aux Hommes, de Caen, una atractiva vista aérea de Granville… Ah, y allí tenía una fotografía de una playa de Deauville, precisamente: un paseo junto a la orilla del mar, con mesas protegidas por parasoles, en las que habían personas tomando bebidas; un poco más cerca todavía del mar, unas apretadas hileras de parasoles de colores diversos, amarillo, rojo, azul, blanco, verde… La fotografía era tan clara, tan perfecta, que hasta podía leerse un cartelito clavado en un parterre lleno de flores: *Priere de tenir les chiens en laisse*, decía: Había que tener los perros sujetos con la correa. Muy bien.

La fotografía que más le gustó fue la de Le Mont-Saint-Michel, el formidable castillo construido en una roca que estaba rodeada de mar, excepto por una estrecha franja de tierra verde y llana…

—Es un bonito folleto —comentó—. Siempre he dicho que los franceses tienen un gusto exquisito para convertir en agradable el lugar donde viven. También los ingleses, aunque menos. Los norteamericanos somos menos románticos.

—Te he alquilado un apartamento en Deauville, delante mismo del mar. Espero que te guste.

—Oh, sí. Y como no he traído a mi perrito «Cicero», no tendré que preocuparme de llevarlo sujeto por la correa.

Sonrieron los dos. Brigitte dirigió una amable mirada de curiosidad a su colega y querido amigo de tantos años, pero no dijo nada más. No preguntaría nada. John Pearson la había llamado a Nueva York, le había dicho que la esperaba en Orly… Muy bien: ella había llegado. John hablaría cuando lo considerase oportuno. Una de las cosas realmente buenas que se aprende, después de tantos años de espionaje, es saber esperar.

No tuvo que esperar mucho. Una media hora más tarde, John Pearson sacó el coche de la carretera, parándolo junto a un grupito

de pinos. Cuando detuvo el motor, se oyó el piar de algunos pajarillos. Hermosa, tranquila y agradable campiña.

Pearson ofreció un cigarrillo a Brigitte, y cuando ambos estuvieron fumando, musitó:

—Casi estoy seguro de que han asesinado a uno de mis hombres.

—¿Uno de tus hombres? ¿Tienes personal a tus órdenes, John?

—No hace mucho me nombraron jefe de la Sección Internacional de Acción.

Brigitte abrió mucho los ojos.

—John… ¡cuánto me alegro! Y naturalmente, sé muy bien que lo mereces.

Fantasma encogió los hombros, con gran flema británica.

—Me estoy muriendo de aburrimiento —masculló.

—Oh. Bueno —Brigitte sonrió levemente—, la verdad es que te comprendo. En un puesto así, te enteras de más cosas, pero haces menos cosas.

—¿Tú sigues sin querer aceptar ningún cargo en la CIA?

—Sigo siendo la muchachita que va por el mundo con su maletín —asintió Brigitte—. Y te diré una cosa, Fantasma; dentro de muy poco, dimitirás de ese cargo, y volverás a ser el de siempre… Tú, yo, y otros poco como nosotros, no servimos para decirles a otros agentes lo que han de hacer: preferimos hacerlo personalmente.

—Es cierto —sonrió, de mala gana, Pearson—. Y desde luego, llevo algunas semanas pensando en esa dimisión. Pero no puedo presentarla hasta que solucione este caso. Es decir, hasta que tú me lo soluciones, Brigitte. Claro que si no puedes ayudarme…

—No digas tonterías.

—Ya sé. Bien, mi agente se llama… o se llamaba, pues ya te digo que estoy casi convencido de que ha muerto, Alex Cunningham. Desapareció hace algo más de tres meses…

—¿Tanto tiempo? Pero…

—Espera. A los tres días de su desaparición, encargué a otros dos de mis hombres de su búsqueda. Una semana más tarde, se presentaron a mí, diciéndome que no encontraban el menor rastro de Alex. Entonces, me dije que allá tenía una estupenda oportunidad de moverme. Y me puse a buscarlo personalmente.

—Y claro está, obtuviste más resultados que tus dos…

empleados.

John Pearson asintió con la cabeza.

—Sí. No vale la pena que te canse con detalles. Simplemente, pocos días después, supe que un hombre que correspondía a las señas de Alex había alquilado una lancha en Dover. Nadie sabía hacia dónde se había dirigido. Tomé buena nota de los datos de la lancha, y pasé instrucciones a mi personal. Tampoco te cansaré con detalles sobre esa búsqueda. Lo cierto es que, tan sólo tres días más tarde, me avisaron desde Deauville. Acudí, y dos de mis hombres me informaron de que, hacía más de tres meses, una noche había habido una explosión en el mar, muy cerca de Deauville. Habían indagado al respecto, y, según todos los datos, los restos de la lancha que se encontraron en el mar al día siguiente podían pertenecer perfectamente a la lancha que Alex Cunningham había alquilado en Dover.

—Y tú crees que Cunningham iba en la lancha, y que le atacaron, o algo parecido. Supones que ésa fue la explosión: la de la lancha.

—Sí.

—¿Qué tal era Alex Cunningham?

—Un idiota.

Brigitte se sorprendió.

—¿Un idiota? ¿Por qué?

—Se había casado. Sabía perfectamente que los de nuestro grupo no están autorizados a casarse… Es decir, un hombre puede casarse cuando le venga en gana, naturalmente, pero en el acto es separado del grupo Internacional de Acción. Todos saben esto.

—Claro. ¿Y Cunningham se casó y no lo dijo?

—Exactamente.

—¿Quién te informó de ello?

—Acabé por enterarme yo solo, siguiendo sus pasos. Estaba decidido a encontrarlo, si seguía con vida. Pulsé todos los resortes, mientras hacía mil cábalas. Podía no haber muerto, y haber desertado… En fin, mil cosas. Y de pronto, encontré a su mujer. Fue toda una sorpresa, a decir verdad.

—Los espías somos muy misteriosos —sonrió Brigitte—. ¿La señora Cunningham no sabía nada de su marido?

—Nada en absoluto. Es una chica muy bonita, rubia, con los ojos

azules… Muy bonita. Y muy inteligente. Hacia semanas que le estaba insistiendo a Alex para que comunicase que se había casado en secreto, pero él se negaba.

—¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Cuatro meses, nada más. Ruth insistía a su marido para que regularizase su situación en el servicio, pero él le decía que no pensaba hacerlo *precisamente en aquellos momentos*.

—Noto tu énfasis en esas palabras. ¿Qué tenían de extraordinario aquellos momentos?

—Estaba detrás de un hombre…, de un personaje.

—¿Por órdenes tuyas?

—No. Por su cuenta, evidentemente. ¿Te suena el nombre de Stanley Mark Morgan?

—No sé qué contestar —sonrió levemente Brigitte.

John Pearson movió la cabeza, sonriendo.

—Por supuesto que te suena. En la CIA saben muy bien que Stanley Mark Morgan es el jefe de coordinación de todos los servicios de información británicos.

—Un gran personaje, en efecto —murmuró Brigitte—. ¿Alex Cunningham estaba detrás de Morgan? ¿Por qué? ¿Y cómo lo has sabido?

—Para calmar la impaciencia de su esposa, Alex le decía que muy pronto la complacería, pidiendo el traslado a una Sección burocrática. Pero antes tenía que terminar un asunto muy importante…, en el cual, de pasada, mencionó un par de veces a Stanley Mark Morgan. Ruth Cunningham me lo dijo.

—Lo cual demuestra la conveniencia de no tener agentes casados —asintió Brigitte—. De todos modos, Alex Cunningham ha quedado muy bien definido para mí con esto, John: no era hombre adecuado para el servicio. Jamás debió pertenecer al MI5.

—No lo hacía mal… Pero, claro, ha quedado demostrado que era un hombre incompleto para este trabajo: hablaba demasiado, aunque sólo fuese con su esposa, al parecer.

—¿Crees que ha hablado con alguien más?

—No lo sé. Lo único que yo podía hacer era… proseguir su trabajo. No tenía otra pista.

—¿Quieres decir que te has dedicado a vigilar a Stanley Mark Morgan? Santo cielo… Me pregunto qué habrán pensado tus

hombres, al ordenarles que vigilasen a un personaje que está muy por encima de ti en el servicio, John.

—Lo he hecho personalmente. Le rogué a Ruth Cunningham que no hablase con nadie de lo que habíamos comentado ella y yo, y empecé a trabajar.

—Debí haberlo comprendido. Muy bien, te dedicaste a rastrear a Stanley Mark Morgan. ¿Y…?

—Comencé a… rastrearlo hacia el veinte de abril… El treinta de ese mes, él vino a Deauville. Y también, el treinta de mayo. Hoy es veintiocho de junio.

—¿Crees que el día treinta, o sea pasado mañana, él vendrá de nuevo a Deauville?

—Sí.

—¿Y qué viene a hacer aquí? Supongo que viene a Francia por algo concreto, ¿no?

—Muy concreto: las dos veces anteriores se ha entrevistado con cinco hombres en un chalet que hay tierra adentro, a unas quince millas de Deauville, junto a un pueblo llamado Saint Hymer.

—¿Qué hombres? ¿Los conoces, sabes a qué se dedican?

—Lo sé ahora. La primera vez, claro, me pilló de sorpresa. La segunda vez, llegué preparado, y pude tomarles fotografías… Nocturnas y con teleobjetivo, desde luego. Después, me dediqué a investigar a esos cinco hombres, y he reunido datos sobre ellos: todos son comerciantes que residen en París. Millonarios, desde luego.

—¿Los cinco?

—Sí. ¿Quieres verlos? Aunque me consta que conoces a Stanley Morgan, también te he incluido una fotografía de él. Y tres de Alex Cunningham.

Le tendió un sobre, y Brigitte sacó las fotografías. Las tres primeras eran las de Alex Cunningham. Un hombre de escasos treinta años, rubio, de expresión inteligente, muy atractivo. A Stanley Mark Morgan lo conocía, desde luego, pero estuvo unos segundos observando su fotografía, estudiando aquellas facciones nobles y viriles, el duro pliegue de la boca, los grandes ojos castaños, Morgan debía tener unos cincuenta años, y sus sienes estaban blanqueadas por abundantes canas, resultaba muy interesante, y típicamente aristocrático.

Los otros cinco hombres eran más vulgares, y todos tenían también alrededor de cincuenta años. Había varias fotografías de cada uno, y detrás de una ampliación de cada rostro, constaba el nombre… Se llamaban Petar Sanderson, Ralph O'Brien, Gerald Mathiesson, Ernest O'Neil y Chalmer O'Rourke. También constaban sus direcciones en París.

—¿Son ingleses? —preguntó Brigitte.

—Irlandeses.

La divina espía miró vivamente a Pearson.

—¿Irlandeses? ¿Los cinco?

—Sí. Pero ya te digo: residentes en París.

—¿Cómo pudiste ir dando con ellos sucesivamente?

—Tú lo has dicho: sucesivamente. El treinta de mayo, seguí a uno de ellos, Peter Sanderson. Luego, me dediqué a vigilarlo, y, durante el transcurso de este mes, ha ido relacionándose con los demás. Se han ido viendo unos a otros, y, como tenía las fotografías tomadas en el chalet cercano a Saint Hymer, los he ido reconociendo e investigando.

—Bien… ¿Y qué hacen, concretamente, en París?

—Se dedican a sus asuntos comerciales.

—¿Nada más?

—Nada más…, por el momento.

—¿Y qué hace Stanley Mark Morgan en Londres?

—Su trabajo. Nada más.

—Sin embargo, a ti no te gusta que el jefe de coordinación de todos los servicios de información británicos venga cada mes a Francia para entrevistarse con cinco irlandeses. Sobre todo, teniendo en cuenta que Alex Cunningham desapareció mientras estaba detrás de Stanley Mark Morgan.

—Exactamente. No me gusta nada, nada, nada.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Ir a Londres a investigar a Stanley Morgan?

—No, no. En Londres no vale la pena. Él viene cada mes… La primera vez lo hizo con una lancha privada solo. Fue un milagro que pudiese seguirlo. La segunda vez, no habría podido seguirlo, pues vino en una avio neta de su propiedad… Pero yo estaba esperando ceros del chalet, había llegado antes que él. Los otros cinco ya estaban en el chalet cuando Morgan aterrizó en un gran

prado, cerca de la casa. Se reunieron de nuevo, durante algo más de una hora, y él regresó a Inglaterra en su avioneta. Yo, como te he dicho, seguí a Peter Sanderson.

—De acuerdo. Pasado mañana, Morgan volverá a Deauville… ¿qué quieres que haga yo, John?

—Necesito saber lo que hablan Morgan y esos cinco hombres, irlandeses.

—De acuerdo. Supongo que me has traído equipo adecuado.

—Sí. Está en el maletero. Antes de llegar a Deauville, nos despediremos. Tengo un coche preparado par; ti, alquilado. Llegarás con él a Deauville, te instalarás en el apartamento, y… ya no necesito decirte nada más Aquí dentro —Pearson sacó otro sobre, que tendió a Brigitte— está la dirección y la llave del apartamento; un mapa, con la ayuda del cual localizarás ese chalé cercano a Saint Hymer, del cual hay también algunas fotografías. No puedes equivocarte.

—Todo entendido. ¿Comunicación por nuestra onda internacional?

—Sí… Estaré lo bastante cerca de ti, en todo momento…, espero. ¿No me preguntas por que no hago esto personalmente?

—Oh, vamos… En primer lugar, sería muy molesto que el jefe de coordinación de todos los servicios de información británicos llegase a darse cuenta de que el jefe de la Sección Internacional de Acción lo está… espiando. En segundo lugar, me imagino que tienes mucho trabajo que atender en Londres, y ya lo has tenido muy abandonado este mes, yendo y viniendo de Londres a París y de París a Londres. En tercer lugar, si yo tengo un contratiempo, sabes que tu nombre no saldrá a relucir, y que, en todo caso, Morgan se irritaría con la CIA, pero no temería que el propio MI5 estuviese tras él. En cuarto lugar, confías plenamente en que yo no voy a traicionarte en ningún momento, pase lo que pase. Y yo diría que, en quinto lugar, no tienes la menor duda de que Baby te ofrecerá resultados definitivos.

—Siempre tan modesta… —sonrió Pearson.

—Nunca he sido modesta —sonrió también Baby— por la sencilla razón de que no tengo motivos para serlo. Soy inteligente, astuta, peligrosa, eficaz, hermosa… ¿Debería decir que soy tonta, estúpida, cobarde, inepta y fea?

—No —rió Fantasma—. Eso sería un pecado, querida. ¿Te puedo hacer una pregunta muy personal?

—Claro que sí.

—¿Os habéis casado ya?

—¿Quiénes? —Parpadeó Brigitte.

—Número Uno y tú.

—¿Cómo podría casarme con alguien a quien no conozco?

John Pearson la miraba fijamente.

—Puedo hablarte extensamente de él —susurró—. Me estoy refiriendo a cierto impresionante personaje que vive en una villa, en Malta… Concretamente, en Villa Tartaruga, con una ama de llaves llamada María Lorenti, una viuda gorda, frescachona y simpática, que tiene un montón de hijos estudiando en Roma, con el dinero de ese personaje, que se hace llamar Angelo Tomasini. Es una villa muy hermosa, con jardín, piscina, un palomar…

—¿Has estado espiando en mi vida? —musitó Brigitte.

—Lo hice en cuanto me llegó cierta información sobre un sujeto que había sido visto con la agente Baby… Me lancé sobre él como una fiera…, y me llevé el susto de mi vida al comprender que le estaba pisando los talones al único hombre que he admirado durante toda mi vida de espía: Número Uno. Pero de eso hace tiempo, y tú sabes que yo estoy enterado, Brigitte. Por eso, no he vuelto a insistir en que tú y yo… Bueno, ya me entiendes. Me he resignado.

—Lo siento, John.

—El vive muy solo… Y quizá sea por eso que últimamente está aceptando unos trabajos que a mí me pondrían los pelos de punta.

—¿Qué dices? —Respingó Brigitte.

—¿No lo sabías?

—No… Por Dios, ¿qué estás diciendo? ¿A qué trabajos te refieres?

—Bueno… No me hagas caso. Quizá para Número Uno sean de lo más sencillo. Pero quizá no los aceptaría, si no viviese tan solo.

—¿Te estás… preocupando… por él?

—Por ti. Creo que soy una de las pocas personas que ha llegado a conocer de verdad tu corazón, y sé que si te matan a ese hombre, morirás de tristeza. Y ése sería un doloroso y decepcionante final para la agente Baby. Y si tú mueres… ¿te has preguntado qué

sentiríamos los que te amamos?

—John… Por todo lo que me estás diciendo, yo debería… correr ahora mismo a reunirme con él, y dejar que te las arreglases como pudieses en este asunto.

—Trato hecho —dijo rápidamente Pearson.

Brigitte estuvo unos segundos mirando fijamente al espía británico. De pronto, le tomó una mano con las suyas.

—Te agradezco tanto esto, John… Pero sólo acabas de demostrarme tu amistad, tu gran cariño… ¿Cómo podría dejar de ayudar a un hombre como tú?

—¿Y él?

—Él siempre me estará esperando.

—¿Y si lo matan?

Brigitte Montfort, alias Baby, clavó su azul mirada en los claros ojos de John Pearson.

—Aunque lo maten, me seguirá esperando. Y yo a él, sí me matan a mí. No hay nada en el mundo que pueda separarnos.

—Supongo que saberse amado así debe ser suficiente para Número Uno —murmuró Pearson—. ¿Te llevo de regreso al aeropuerto o a Deauville?

—A Deauville.

Capítulo II

Deauville era, en efecto, una pequeña ciudad encantadora, y, también en efecto, desde la terraza del apartamento, la señorita Montfort podía ver la playa, precisamente el lugar que aparecía fotografiado en el folleto turístico; una playa tan plana que en la arena se veían charquitos reluciendo al sol de la espléndida mañana de finales de junio. Tan espléndida y clara que, a lo lejos, podía ver Le Havre.

Dejó de contemplar el bello espectáculo y regresó al interior del apartamento, que estaba en un encantador edificio de tres plantas, blanco, con las ventanas pintadas de azul, y, desde luego, lleno de flores. Naturalmente, Fantasma no la había instalado en una pocilga, sino en uno de los edificios más bellos del paseo. Y por supuesto, había refrigeración, piscina en la parte de atrás, aparcamiento privado…

Desnuda bajo el agua de la ducha, Brigitte estuvo unos segundos pensando en John Pearson. ¿Acaso él no estaba solo? Tan solo como pudiera estarlo Número Uno…

No.

No, no, no… John Pearson aún estaba más solo, porque ni siquiera la tenía a ella. No tenía a nadie. Pero realmente… ¿acaso los espías de la categoría de ellos tenían a alguien? Había agentes secretos que se permitían el lujo de estar casados, de tener familia, y, en verdad, llevaban una vida casi normal. Pero eran agentes secretos «de andar en zapatillas», agentes caseros.

Estos agentes, era muy poco probable que tuviesen problemas graves. Hacían pequeñas cosas, convivían con agentes de otros servicios, y, en muchas ocasiones, cambiaban información. Era una especie de… liga internacional, un club internacional de buenos muchachos que se saludaban por la calle con una sonrisa más o menos maliciosa.

Pero los espías, los que eran como ella, como Uno, como Fantasma…, siempre estaban solos. Nada podían tener, porque siempre temían perderlo todo. En el fondo, todos ellos estaban sumergidos en una soledad terrible, espantosa…

Brigitte movió la cabeza, negándose a seguir pensando en este asunto. Terminó de ducharse, se secó, y salió del cuarto de baño. Eligió un vestidito de color azul pálido, muy discreto y elegante, un par de zapatos que hacían juego, y volvió al cuarto de baño, donde terminó de arreglarse, peinándose y maquillándose ligeramente; tan ligeramente que apenas se notaba.

Hacia las diez, salió del apartamento, y segundos después, estaba al volante de su coche; es decir, del «Tiburón» azul oscuro que le había facilitado John Pearson.

Circuló cuidadosamente por Deauville, mirando con agrado a todas partes, y siguiendo la dirección de las indicaciones hacia Lisieux. Enfiló, por fin, la carretera Nacional 834. Tonques, Bonneville, Canapville, Pont-L'Évéque, y luego, el desvío hacia Saint Hymer.

Ni siquiera eran las once de la mañana cuando llegaba a Saint Hymer. Aquí, tuvo que recurrir a las indicaciones que le había facilitado Pearson para encontrar el chalet. Indicaciones que, por supuesto, ya habían sido destruidas.

Y finalmente, debían ser las once y cuatro o cinco minutos cuando veía el chalet, del cual Pearson había tomado buenas fotografías, también destruidas. Todas las indicaciones habían pasado a la memoria de Brigitte, eficaz e infalible como una computadora.

Detuvo el coche a unos cincuenta metros del chalet, encendió un cigarrillo, y se dedicó a la contemplación. Era bonito, rodeado de pinos y flores, con tejado rojo y persianas pintadas de blanco. No muy lejos había otros, más o menos parecidos, pero formando todos un bello conjunto residencial.

Hacia las doce, la agente Baby estaba convencida de que no había nadie en el chalet, de que permanecía cerrado y desocupado… Sólo entonces se apeó, y se dedicó a pasear. Media hora más tarde, en su memoria de computadora estaban todos los datos que pudiese necesitar para llegar al chalet con los ojos

cerrados…, y escapar a toda prisa, si las cosas se ponían mal.

El resto del día lo pasó yendo de un lado a otro con el coche, recorriendo bucólicos pueblos, visitando museos, contemplando hermosos castillos, que parecían hechos de silencio… Había almorzado en Val-Richer. Cenó en Lisieux, dio un paseo a pie por esta ciudad, y, cuando oscureció, volvió a dirigirse hacia Saint Hymer. Debían ser las nueve cuando pasaba por delante del chalet donde Stanley Mark Morgan se reunía mensualmente con los cinco comerciantes irlandeses que residían en París.

Detuvo el coche a unos doscientos metros, y se dispuso a esperar. Sabía hacerlo. Sin la menor impaciencia, aguardó hasta las doce. No se veía a nadie, el silencio era total, a excepción del croar de algunas ranas, que, precisamente, creaban una sensación de calma, de silencio absoluto.

Entonces, la agente Baby salió del coche, abrió el maletero, y sacó la pequeña maleta negra que contenía el equipo de escucha facilitado por John Pearson. De su maletín tomó solamente la pistolita de cachas de madreperla, que deslizó en su escote. Luego, la espía internacional se dirigió hacia el chalet.

Regresó al coche una hora más tarde, tras haber efectuado una completa y perfecta instalación de escucha, y, por supuesto, haber entrado con toda facilidad en el chalet, en el cual no había nada de particular. Absolutamente nada. Era amplio, confortable, tenía el ambiente de las casas desocupadas, y eso era todo.

Faltaban veinticuatro horas para que, según las previsiones de John Pearson, Stanley Mark Morgan llegase en su avioneta al gran prado que estaba en el centro de la zona residencial… Hasta entonces, a la señorita Montfort se le ocurrió que bien podía tomar el sol en la playa de Deauville durante todo el día siguiente.

Y emprendió el regreso.

Era la una y doce minutos de la madrugada del día treinta de junio, domingo.

—¿Qué hora es? —preguntó Gerald Mathiesson, mirando con gesto de duda su propio reloj.

—Las nueve y cuarto —informó Ernest O’Neil.

—Morgan ya debería estar aquí… Y Peter también. ¿Sabéis algo

de Peter?

Ralph O'Brien, Ernest O'Neil y Chalmer O'Rourke movieron negativamente la cabeza, mirándose unos a otros. Los tres estaban tan asustados como Gerald Mathiesson, pero se esforzaban en disimularlo. Durante un par de minutos, permanecieron los cuatro en silencio. En esos dos minutos, Mathiesson miró su reloj por lo menos cinco veces más, pero las agujas seguían su marcha normal, no la que él deseaba. Eran las nueve y diecisiete minutos de la noche del treinta de junio de 1974, y nada podía hacer variar esta circunstancia implacable.

—¿Alguno de vosotros, vio ayer a Peter? —insistió Mathiesson.

Los tres movieron negativamente la cabeza. Chalmer O'Rourke murmuró:

—No debemos preocuparnos por esas misivas: son una tontería. Todos sabemos perfectamente que el agente británico murió en la explosión de la lancha.

—Pudo no haber muerto. Y la prueba la tenemos en las notas que hemos recibido. Es de suponer que Peter y Morgan también hayan recibido la suya.

—Tonterías —insistió O'Rourke.

—No del todo —intervino O'Brien—. Lo cierto es que quien ha escrito las notas Sabe lo ocurrido, sea o no sea el propio Alex Cunningham. Para nosotros, el peligro es más o menos el mismo.

—Yo creo que no —negó O'Neil—. El peligro es mayor si alguien sabe lo ocurrido, pues habrá tomado más precauciones que Alex Cunningham, sabiendo lo que hicimos con éste.

—Han pasado unos tres meses desde aquello —dijo O'Rourke—. Demasiado tiempo. Yo insisto en que Alex murió. Es imposible que alguien pueda salir con vida de una explosión como aquélla, Ernest.

—Bueno, pero todos tenemos una nota, ¿no es así?

Gerald Mathiesson sacó de la billetera, donde la llevaba muy cuidadosamente guardada, la nota que había recibido el viernes, día veintiocho, por correo. La desplegó ante él, y la leyó una vez más:

«GERALD MATHIESSON:

»Por lo que hicisteis conmigo, tú y los otros cinco, merecéis la muerte. Pero en ocasiones, hay soluciones mejores, y os

conviene aceptarlas. Cada uno de vosotros, deberá entregarme cinco millones de francos nuevos. Tu turno corresponde el día treinta. Ten preparado ese dinero para entonces, pues te llamaré para indicarte dónde y cómo debes entregármelo.

»A. C.»

Mathiesson se quedó mirando la nota, absorto. Las iniciales A. C., por supuesto, encajaban perfectamente con Alex Cunningham, y, en cuanto a la referencia de lo que habían hecho con él, no podía ser más exacta, más clara. Estaba, además, el hecho de qué se hubiese dirigido también a O'Neil, O'Rourke y O'Brien. Y, ciertamente, debía haber enviado una nota idéntica a Sanderson, y otra a Stanley Mark Morgan. Lo único que variaba en las notas, era la fecha en que se exigía la entrega del dinero, nada menos que cinco millones de francos, es decir, un millón de dólares.

A él le había correspondido la fecha del día actual, esto es, el día treinta de junio. A Ralph O'Brien, el día uno de julio. A Ernest O'Neil, el dos. Y a Chalmer O'Rourke, el tres. ¿Qué fechas les habrían tocado a Morgan y a Sanderson? En cuanto a Mathiesson, estaba pensando que quizá había cometido una tontería al marcharse de su casa de París aquella misma mañana, muy temprano, faltando así a las instrucciones de la nota. Quizá habría sido mejor quedarse, esperar la llamada, conversar con Alex Cunningham…, si es que era Alex Cunningham quien le había enviado la nota, pues le parecía imposible, realmente.

—En todo caso —murmuró, mientras volvía a guardar la nota, la situación es peligrosa para todos nosotros.

—Morgan no puede tardar en llegar —dijo O'Neil—. Veremos qué dice él. ¿Alguien quiere beber algo?

Mathiesson miró una vez más su reloj, y, sin contestar, se acercó a la ventana. Ya era de noche, y diseminadas se veían las luces de otros chalets de la zona residencial. Sólo eso. En un lugar como aquél, y a las nueve y pico de la noche de un domingo, el silencio era la característica más notable y más natural al mismo tiempo… Se ladeó, para mirar hacia el gran prado donde Stanley. Mark Morgan había aterrizado la vez anterior con su pequeña avioneta de color verde claro, con dos franjas blancas en las alas. La luna estaba en cuarto creciente, e iluminaba lo suficiente el prado para que

Morgan pudiese aterrizar. Pero…

En aquel momento, comenzó a oír el zumbido de un motor… En seguida supo que no era de la avioneta de Morgan, y a los pocos segundos vio el par de luces, a ras de tierra, acercándose a la casa por la avenida.

—Viene un coche —dijo—. Debe ser Sanderson.

—Ya era hora —masculló O'Neil—. No comprendo por qué demonios un hombre tiene que llegar tarde a una reunión.

Se acercó también a la ventana, tendiendo un vaso con a Mathiesson, que lo tomó maquinalmente. El coche llegó ante la casa, deteniéndose en la entrada al jardín, entre los de ellos, que la habían dejado expedita, estacionado más arriba y más abajo…

—Es un taxi —dijo O'Neil, con tono nervioso.

Mathiesson estaba mirando ya al hombre que se apeaba del taxi, y lo reconoció al instante.

—Y quien llega no es Sanderson, sino Morgan.

—¿Morgan? ¿En taxi? —se sorprendió O'Rourke—: Morgan jamás aterrizaría con su avioneta en el aeródromo de Deauville, pues quedaría constancia de eso en los registros. O aterriza en el prado de ahí fuera, o viene en lancha.

—Pues habrá venido en lancha —gruñó Mathiesson—. El taxi ya se va —dijo O'Neil.

Estaban oyendo el zumbido del motor, que se perdió muy pronto en la distancia. Todos miraron hacia la puerta del salón, por la cual apareció Stanley Mark Morgan, guardándose la llave. Todos tenían una llave de aquel chalet, de modo que podían ir llegando a su comodidad.

Inmediatamente, se dieron cuenta de la veloz mirada circular, expectante, de Stanley Morgan. Y captaron el breve gesto inquieto en los extremos de su boca. Fue una brevísima crispación.

—¿No ha venido Sanderson? —preguntó.

—¿No has recibido la nota? —se interesó rápidamente Mathiesson.

Stanley Mark Morgan asintió, sacó un papel de un bolsillo, y lo tendió hacia Mathiesson, mientras asentía al gesto interrogante de O'Neil, con el vaso de en alto. Mathiesson leyó rápidamente la nota, y no dio tiempo a los demás para interesarse por ella, devolviéndola a Morgan.

—Es igual que las nuestras. Sólo que a Morgan le correspondía pagar el día veintiocho… Y hoy es treinta.

—Pues no veo que le haya ocurrido nada —dijo O'Brien—. Quizá todo sea una broma de alguien que…

—No —cortó Morgan—. No es ninguna broma, O'Brien.

Todos se le quedaron mirando, incluido O'Neil, que dejó de escanciar en un vaso.

—¿Qué quieres decir? —susurró Mathiesson.

—Alex Cunningham me llamó por teléfono, en efecto, para decirme dónde y cuándo debía entregarle el dinero.

Después de estas palabras, el silencio fue tal en el salón que cuando O'Neil terminó de escanciar en el vaso, se oyó nítidamente el gorgoteo del licor. Luego, O'Neil le llevó el vaso a Morgan, pero se quedó ante él, sin entregárselo.

Su voz sonó ronca cuando preguntó:

—¿Estás seguro de que era Cunningham?

—Sí. Su voz sonaba… de un modo… extraño, pero estoy seguro de que era él. Le dije que su voz no me era familiar del todo, y me contestó que, debido al «accidente» de la lancha, sus cuerdas vocales habían sufrido cierta alteración. Pero era él, estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Conozco bien su voz —frunció el ceño Morgan—. No olvidéis que, cuando él inició su ofensiva contra nosotros, se dirigió directamente a mí. Fui yo quien le atendió en las primeras entrevistas y además…

—Está bien, está bien… Te dijo dónde y cómo debías entregarle el dinero. ¿Lo has hecho? ¿Le has pagado?

Stanley Mark Morgan se quedó mirando hoscamente a Mathiesson.

—Yo no dispongo así como así de un millón de dólares, Gerald.

—Oh, bien… Es cierto. Bueno, ¿qué le dijiste entonces?

—Lo mismo que a ti: que no disponía de esa cantidad. Me dijo que me las arreglase como quisiera, que me daba un día más de tiempo, y que volvería a llamar. Y lo hizo ayer, en efecto. Le repetí que no tenía el dinero. Entonces, él me indicó que os lo pidiese a vosotros, que tenéis de sobras. Tengo que pagarle mañana por la mañana, en Londres.

—Según entiendo, estás esperando que te entreguemos cinco

millones de francos —refunfuñó O'Neil.

—¿De qué otro sitio podría sacarlos? —Se revolvió Morgan.

—Calma, calma —recomendó O'Rourke—. Ya veremos lo que conviene hacer. De momento, creo que no hay que precipitarse…, ni asustarse demasiado. Es sólo un hombre, y ya le dimos una lección una vez.

—No creo que esta vez sea tan confiado —murmuró Morgan—. Vivirá prevenido. La otra vez pudimos engañarlo, y cuando le entregamos el dinero del chantaje que quería hacernos, le entregamos también su propia destrucción… Es de suponer que Cunningham habrá aprendido la lección.

—¿Te parece posible que no muriese, con aquella carga explosiva que colocamos en el portafolios?

Stanley Mark Morgan quedó unos segundos pensativo. Acabó por mover la cabeza negativamente.

—No, pero el hecho cierto es que está vivo. A veces…

—Espera, aclaremos eso. Con aquella carga explosiva era imposible que quedase con vida, y, en cambio, quieres que admitamos que está vivo. ¿Cómo entendemos eso?

—Iba a decir que a veces ocurren cosas muy raras. Recuerdo que, al final de la guerra, vi morir a un soldado que había recibido una pequeña herida de bala en un lado del cuello; lo que ocurrió fue que la bala cortó la arteria, y no hubo modo de contener la hemorragia. En cambio, vi también cómo un obús hacía explosión en un grupo de soldados que había en una trinchera. Todos quedaron despedazados, menos uno, que salió por su propio pie de la trinchera, simplemente con los tímpanos reventados. Se quedó sordo, pero creo que aún vive. ¿Cómo explicarías tú eso?

—No lo sé.

—Pues yo tampoco sé explicarte la supervivencia de Alex Cunningham, pero, desde luego, estoy convencido de ella.

—Está bien. La pregunta es ésta: ¿vamos a pagar?

Durante unos segundos, se estuvieron mirando unos a otros. Por fin, Mathiesson soltó un refunfuño.

—De acuerdo: pagaremos. Es el único modo de poder entrar en contacto con ese… fantasma, para eliminarlo de una vez por todas.

—¿Vais a darme el dinero? —inquirió Morgan.

—Claro. Te daremos una parte cada uno.

Stanley Mark Morgan lanzó un suspiro, se sentó en un sillón, y alargó la mano hacia O'Neil, que le puso en ella el vaso. El inglés bebió un buen trago, y luego sonrió secamente.

—La verdad es que estaba un poco asustado —admitió—. No hay que olvidar que Cunningham es un agente secreto del Grupo Internacional de Acción. Está bien entrenado para matar, si es preciso… Y tiene buenos motivos para odiarnos.

—Hay que matarlo —deslizó fríamente O'Brien—. Los mismos motivos que tuvimos hace tres meses, los tenemos ahora. Yo diría que incluso más motivos, pues la otra vez se conformó con hacernos un chantaje por un total de un millón de dólares. Ahora, quiere que le entreguemos esa cantidad cada uno de nosotros.

—Buscaré una solución a eso —aseguró Morgan.

—Pues que sea pronto. Y otra cosa, Morgan: últimamente, las cosas están muy calmadas, ¿no te parece?

—Estoy preparando algo importante… ¿Os he defraudado alguna vez?

Hubo un cambio de miradas entre los irlandeses.

—No —admitió O'Brien—. Pero hace días y días que nada importante ocurre por allá arriba. Y no hay que dejar enfriar los ánimos en ningún momento.

—Ya os digo que estoy preparando algo importante. Es ya muy tarde… ¿Por qué no ha venido Sanderson?

Nuevo cambio de miradas entre los irlandeses.

—No tenemos noticias de él. Quizá sería conveniente que llamásemos por teléfono —señaló O'Neil el aparato.

—De ninguna manera —rechazó Morgan—. Nada de llamadas telefónicas, en un momento como éste. Vamos a esperarle media hora más, Y, si no viene, nos marcharemos todos.

—¿Sin interesarnos por Peter? —protestó Mathiesson.

—Eso se puede hacer mucho más discretamente, en el mismo París. Allá podéis llamar desde cualquier teléfono.

—Son casi las diez menos cuarto —dijo O'Rourke—. Si no ha venido ya, es que no va a venir, sea por lo que sea. Ha tenido tiempo sobrado, desde las nueve, que era la hora de la reunión. Permanecer aquí es perder el tiempo. A menos que tengamos algo más que hablar.

—Por mí, no —se puso en pie Morgan—. Entonces… ¿cuento

con el dinero?

—Claro. Ya lo arreglaremos. Mañana mismo te llamaremos. Sí, ya sé —se adelantó al gesto de Morgan—: antes de las diez de la mañana y al número de siempre.

—De acuerdo. ¿Nos vamos?

Asentimiento general. Mathiesson tomó de un brazo & Stanley Mark Morgan.

—Ve pensando en el modo de eliminar a Cunningham. Y esta vez, sin fallos. Aprovecha tu contacto para pagarle.

—Está bien. Uno de vosotros me ha de llevar a Deauville.

Salieron del salón. O'Rourke apagó la luz, y se reunió con los demás en el vestíbulo, donde Mathiesson estaba diciendo:

—Yo mismo te llevaré. ¿Has venido en lancha?

—Sí, claro. Es más discreto. La avioneta…

O'Neil había abierto la puerta de la casa. Lanzó una exclamación fortísima, como si de pronto se estuviese ahogando. Los demás miraron hacia allí, y entonces lo vieron.

Vieron al monstruo.

Solamente así podía ser definido aquel… ser que había en el umbral.

Su cuerpo era de hombre, y vestía como un hombre. Un traje corriente, zapatos, jersey… Ahí terminaba todo su aspecto normal de hombre.

Estaba plantado en el umbral, y se comprendía que se había colocado allí a propósito, esperando que abriesen la puerta. Y si lo que pretendía con esto fue impresionarlos, lo consiguió plenamente… A la exclamación de O'Neil siguieron las de los otros hombres, que también palidecieron al contemplar lo que podía definirse como rostro de aquel hombre.

Parecía un globo chamuscado con ojos.

No había vello alguno en sus facciones, ni en su cabeza. No tenía cejas, ni pestañas… En realidad, se podía decir que no tenía facciones, pues era todo un amasijo de cicatrices rojas, de pegotes de carne relucientes; la boca era una hendidura atroz, y la nariz, también quemada, mostraba la piel tan tersa y tirante como si fuese a romperse. Y entre aquel amasijo de carne quemada, relucían los ojos, como pequeñas luces diabólicas.

Stanley Mark Morgan y los irlandeses estaban como paralizados.

Sólo reaccionaron cuando el monstruo humano movió las manos, mostrando lo que tenía en una de ellas, y que parecía un cartucho de dinamita, que encendió mientras decía, roncamente, en inglés:

—Y ahora, vosotros.

Al espanto de ver aquel rostro, se unió el de ver aquellas manos que parecían de seda roja. Y el espanto llegó a su punto culminante cuando, tras encender rápidamente la pequeña mecha del cartucho, el monstruo lo tiró entre ellos, y cerró la puerta, quedando afuera.

Mathiesson lanzó un alarido, se volvió, tropezó con Morgan, y ambos cayeron al suelo. Al mismo tiempo, el cartucho estaba…, pero no se produjo una fuerte explosión, sino que comenzaron a brotar fuegos artificiales de diversos colores, alegres, bonitos, festivos… Era una traca de fuegos artificiales.

Capítulo III

Desde su coche, estacionado en la zona más oscura que había podido elegir cercana al chalet, para ver quién llegaba a éste, la agente Baby había estado atendiendo el receptor-grabador, enterándose de todo lo que allí se había hablado, merced a los micrófonos colocados la noche anterior.

Y, por supuesto, había visto aparecer al hombre que, a pie, se había acercado al chalet. Lo que ella había visto, desde aquella distancia, era simplemente un hombre que llevaba sombrero, y que fue hacia la casa, y se colocó delante de la puerta.

«Debe ser el que falta: Sanderson», pensó.

Luego, comenzó a sentirse grandemente intrigada al ver que el hombre no entraba en la casa utilizando su llave, ni llamaba a la puerta. El anterior en llegar, Stanley Mark Morgan, al que había identificado inmediatamente, había utilizado su llave. Bien: ¿qué estaba haciendo Sanderson?

Poco después, la luz que se veía en una ventana, se apagó. Se encendió otra, en la ventana que había junto a la puerta. Parecía que la reunión había terminado, que iban a salir… El hombre del sombrero seguía allí. Ahora se había quitado el sombrero, dejándolo en el suelo.

La puerta se abrió. El hombre del sombrero movió las manos, una llamita brilló en una de ellas, y algo que chisporroteaba fue lanzado, por él, dentro de la casa. Cerró la puerta, recogió el sombrero, y echó a correr.

Brigitte Montfort respingó, y salió inmediatamente del coche. En aquel mismo instante, la traca de fuegos artificiales comenzaba a funcionar. Por la ventana, vio las luces de todos los colores, resplandeciendo de un modo cegador, y oyó, muy apagados, los estampidos del juguete pirotécnico. Era como estar contemplando un batido del arco iris.

Y mientras tanto, el hombre del sombrero corría, alejándose de allí. Corría tanto, que Brigitte comprendió que jamás podría alcanzarlo a pie, así que se metió de nuevo en el coche, lo puso en marcha, y salió en pos del hombre, que estaba cruzando la avenida. El hombre del sombrero volvió la cabeza, y aumentó la velocidad de su carrera, hasta tal punto que el sombrero saltó de aquélla, debido al aire.

Brigitte hundió el pie al máximo, apretando el pedal del gas, y el coche pareció saltar. El hombre volvió de nuevo la cabeza, y desvió su marcha, metiéndose en una de las parcelas de la zona residencial todavía sin edificar, entre las hierbas… Tres segundos más tarde, el «Tiburon» que conducía la agente Baby hacía lo mismo, oscilando sobre sus amortiguadores, arrancando matojos enteros a su paso.

El hombre del sombrero se volvió, sacó la pistola, gesto que Brigitte identificó en el acto, y extendió el brazo. En aquel mismo instante, Brigitte ponía las luces largas, para deslumbrar al desconocido, y salir del coche, donde estaba en desventaja, pues un balazo en el parabrisas podía…

En el inicio del gesto para saltar fuera del coche, la espía internacional quedó de pronto petrificada por el espanto, al ver aquel rostro tan intensamente iluminado. Emitió un grito de espanto, de incredulidad, y, mientras contemplaba aquel rostro con ojos desorbitados, el monstruo disparó, tras protegerse los ojos en un gesto tardío.

¡Boooíiiiiiüinnggggggg…!, rebotó la bala, en el cristal parabrisas, delante mismo del rostro de Brigitte Montfort.

El hombre dio media vuelta, y siguió corriendo hacia el interior de la parcela, en cuyo fondo se veían algunos pinos.

—¡Dios mío! —exclamó, por fin, Brigitte, reaccionando.

De nuevo partió en pos del hombre, al que iluminaba por la espalda a intervalos, pues el coche iba rebotando, y lanzando las luces en diversas direcciones a cada rebote… Hasta que llegó el rebote más fuerte, al entrar las ruedas delanteras en un hoyo tan profundo que Brigitte fue impulsada hacia delante, rebotó de frente contra el cristal parabrisas, rebotó seguidamente en el asiento, y de nuevo en el parabrisas, golpeándose con tal fuerza que su vista se nubló. Por instinto, y con gran calidad de reflejos, la espía metió el pie en el freno, con toda su fuerza, justo cuando el coche salía del

hoyo. El coche se detuvo en seco, y de nuevo Brigitte salió disparada contra el parabrisas.

Se quedó sentada, notando un agudo silbido en las sienes, viendo ante ella solamente manchas amarillas. Sacudió la cabeza, y la visión se aclaró en parte, pero, ciertamente, no estaba en condiciones de conducir, en aquel momento. Y no debía quedarse en el coche…

Apagó el motor y las luces, y se deslizó por el asiento, para salir del vehículo por la portezuela de la derecha. Cayó sobre unas matas, rodó un par de veces, y quedó tendida boca abajo; sacó la pistolita del seno, y permaneció inmóvil, conteniendo la respiración.

¡Qué súbito silencio!

Lo único que oyó durante los ocho o diez segundos siguientes fue el fortísimo latir de su propio corazón, que parecía resonar no sólo en su pecho, sino en todo su cuerpo, incluida la cabeza.

De pronto, alejado, el rugir de un motor. No pudo determinar de dónde llegaba el sonido exactamente, pero si comprendió que el… monstruo había llegado hasta su coche, y se alejaba.

Comenzó a ponerse en pie, y entonces oyó, a su espalda, los rugidos de varios coches casi a la vez. Se volvió, y miró hacia el chalet. Ya no había luz eléctrica ni de pirotecnia en la casa… Y en, aquel instante, uno de los cuatro coches que habían llegado en un lapsus muy breve, mientras ella esperaba, arrancaba fuertemente. En seguida lo hicieron los otros tres, alejándose a velocidad que resultaba altamente inadecuada, teniendo en cuenta la hora y la visibilidad.

Todo había sucedido en tan pocos segundos, desde que comenzara a ver los fuegos artificiales, que se preguntó si había sido realidad o fantasía. Y mientras tanto, comprendía que ya no podría alcanzar al monstruo. En cuanto a los otros, sabía muy bien dónde encontrarlos, si le interesaba hacerlo.

Volvió al coche, se colocó ante el volante, y suspiró profundamente.

—Santo Dios… —murmuró.

Se estremeció. Puso el coche en marcha, y salió con todo cuidado de la parcela. Se alejó un centenar de metros, detuvo el coche, y se volvió para mirar hacia la casa, que ahora estaba

completamente a oscuras.

¿Valía la pena ir allá a echar un vistazo?

Durante un par de minutos, estuvo reflexionando. Acabó por mover negativamente la cabeza. Luego, calculó la distancia desde allí a París. Más o menos, ciento sesenta kilómetros. Frunció el ceño, reflexionó unos segundos más, y acabó moviendo la cabeza afirmativamente.

Se iba a París.

Había entrado en París por Neuilly, y desde allí desembocó en la Avenue de la Grande Armée, hacia la Place de l'Etoil, para seguir por la Avenue des Champs Elysées… A su derecha se veían pocas personas, pero a la izquierda de Brigitte, conforme avanzaba hacia el centro de París, las anchísimas aceras estaban atestadas de personas, ya paseando, o sentadas a las mesas de los cafés… Faltaban cinco o seis minutos para las doce de la noche; Una hora estupenda para disfrutar del maravilloso ambiente parisino de la medianoche, del famoso París *la nuit* en su versión apacible y sencilla. Una copita de champaña en una terraza de los Campos Elíseos.

Frunció el ceño, y apretó los labios. Ciertamente, ella no podía dedicarse a eso en aquellos momentos. Pero… Se prometió a sí misma resarcirse, y decidió no mirar más a la gente que gozaba de la fresca noche de París.

Poco después llegaba a la Place de la Concorde, y, por este Puente, pasó a la orilla izquierda del Sena, en el cual se veían luces de los *bateaux-mouche*.

«Bueno —pensó—, de un modo u otro, he venido a París».

Siguió por Boulevard Raspail, y detuvo el coche al llegar al cruce con Montparnasse. Se apeó llevando su maletín, cerró el coche, y siguió Boulevard Raspail abajo, a pie. Un minuto más tarde, se detenía delante de una casa de dos pisos, antigua, pero con cierto aspecto señorial. Por detrás de aquella casa, a no mucha distancia, Brigitte sabía que estaba el cementerio del Montparnasse… Pero no le interesaba el cementerio, sino la casa. Por la sencilla razón de que, salvo que John Pearson se hubiese equivocado, cosa muy poco probable, allá vivía Peter Sanderson, el único hombre que no había asistido a la reunión.

Delante de la casa había un pequeño jardín, y Brigitte, tras breve vacilación, entró en él. Llegó ante la puerta sin que hubiese visto una sola luz en la casa. Tras breve reflexión, llamó al timbre de la pequeña puerta pintada en un tono oscuro. Bien, si alguien abría, sólo tenía que preguntar por *monsieur* Lamaire, le dirían que se había equivocado, y se iría…, sabiendo que sí, que había alguien en aquella casa.

Pero no.

No parecía que hubiese nadie.

Así que la agente Baby recurrió a su juego de ganzúas. La tercera fue la buena. Oyó el suave chasquido del pestillo, empujó la puerta, y entró en la casa, ajustando la puerta tras ella, con gran cuidado.

Desde el bulevar, la luz entraba en el vestíbulo por las dos ventanas protegidas por visillos, una a cada lado de la puerta. Era suficiente iluminación para Baby, por el momento. Vio la escalera que arrancaba desde la derecha del vestíbulo, y se dirigió hacia ella, sigilosamente. Una gatita no habría hecho menos ruido que la divina espía.

Aunque, en realidad, tenía la certidumbre de que no importaba el ruido que pudiese hacer. Por dos motivos. Uno, que no había nadie en la casa, pues de ser así habrían acudido a abrir la puerta, al llamar ella. Dos, que si había alguien allí, no podía oírla.

Llegó al piso alto, encendió su pequeña linterna contenida en el bolígrafo de oro, y comenzó a mirar el interior de las habitaciones. En tres minutos se convenció de que todas estaban desocupadas. Otra cosa que comprendió fue que Peter Sanderson no vivía solo allí, ni mucho menos. Tenía familia, que, evidentemente, se hallaba fuera de París.

Regresó a la planta baja, y dio una vuelta completa, iluminando todo su entorno.

Luego, se dirigió directamente a la gran doble puerta que calculó debía corresponder al salón. Bajó la manilla, empujó, y lanzó el delgado rayo de luz hacia él interior. Era la biblioteca. La pared del fondo, y la de la derecha y la izquierda, estaban llenas de libros colocados en estantes de oscura madera.

Nada interesante.

Se disponía a salir, pero, por sistema, todavía dirigió la luz de la linternita hacia el centro de la biblioteca. Vio la mesita, el sofá, un

sillón, la cabeza de un hombre, otro sillón… La luz regresó velozmente a la cabeza de hombre que había en el suelo, sobre la alfombra.

Sí.

Había visto bien, era exacto: una cabeza de hombre. Sólo una cabeza.

Durante unos segundos, Brigitte permaneció inmóvil, notando en su piel como millones de finísimas agujas que se clavaban, inundándola de frío. Luego, se acercó, iluminando de lleno las facciones de aquella cabeza. En efecto, era Peter Sanderson, se le podía identificar.

Se arrodilló al lado de la cortada cabeza.

—Por el amor de Dios… —musitó con voz ahogada. Estaba horrorizada y fascinada por aquella cabeza. Por fin, movió la linterna, iluminando a su alrededor, a ras de suelo. En seguida iluminó el cuerpo. Estaba tendido junto al sofá, decapitado, naturalmente. El pequeño círculo luminoso se detuvo en el pecho del cadáver, allá donde el hacha se había clavado profundamente. Junto al cadáver había una enorme mancha de sangre empapando la alfombra, ya seca.

Y en el extremo del mango del hacha había algo blanco.

Dominando su horror y sus náuseas, Baby se acercó al cuerpo, y retiró aquel papel que envolvía el extremo del mango del hacha. Lo desarrugó, y colocó la luz sobre él.

La nota decía:

> *«Este es el primero. Los demás seguiréis el mismo camino, a menos que cada uno de vosotros pague la cantidad que exijo.*
>
> »A. C.»

—Alex Cunningham —musitó Brigitte.

Y al mismo tiempo, pensó en aquella frase que hacía ya tiempo ella había lanzado al mundo del espionaje. Una frase que lo decía todo, muy claramente: no juguéis con los espías.

Seis hombres habían «jugado» con un espía, y uno de ellos ya había pagado su precio.

Peter Sanderson estaba en batín, y esto sorprendió un poco a Brigitte. Tomó una muñeca del cadáver, y la notó tan helada y dura

como si fuese de hielo. Claro está que un cadáver decapitado pierde rápidamente la sangre, por lo que su enfriamiento es muy veloz, pero, de todos modos, pensó que hacía muchas horas que Sanderson había muerto.

Por sistema, metió las ruanos en los bolsillos del batán, con todo cuidado. En uno de ellos encontró una pistola. En el otro, un papel. Otra nota.

Ésta decía:

«Peter Sanderson:

»Por lo que hicisteis conmigo, tú y los otros cinco, merecéis la muerte. Pero en ocasiones, hay soluciones mejores, y os conviene aceptarlas. Cada uno de vosotros deberá entregarme cinco millones de francos nuevos. Tu turno corresponde al día veintinueve. Ten preparado ese dinero para entonces, pues te llamaré para indicarte dónde y cómo debes entregármelo.

»A. C.»

Inmediatamente, Baby pensó en la conversación que había estado escuchando, gracias a los aparatos facilitados por John Pearson, entre los hombres que aquella noche se habían reunido en el chalet cercano a Saint Hymer. Al parecer, todos habían recibido una nota en los mismos términos, y, si no recordaba mal, el turno que le había correspondido a Stanley Mark Morgan para pagar era el del día veintiocho… Es decir, dos días antes. Y uno antes que Sanderson. Pero, evidentemente, sorprender al viejo zorro de Stanley Mark Morgan no eran tan sencillo como hacerlo con un comerciante residente en París. Alex Cunningham sabría esperar el momento de matar a Morgan. Pero mientras tanto, ya había matado a Sanderson.

Recordó aquel rostro horrible, reluciente, sin cabellos, sin cejas, sin pestañas, de color granate, y se estremeció. Todo estaba claro, desde luego: Alex Cunningham no había muerto en la explosión del portafolios preparado por Morgan y los demás, pero había quedado convertido en un monstruo. Y tres meses más tarde, el monstruo volvía, para vengarse. Un hombre entrenado para matar si era necesario, un agente secreto de un, grupo Internacional de Acción, estaba decidido a vengarse.

Y la pregunta era: ¿merecían Morgan y los demás que alguien detuviese al monstruo?

Brigitte movió la cabeza, y luego se quedó mirando la pistola de Peter Sanderson. Ni siquiera había tenido oportunidad de sacarla del bolsillo… Esto parecía incluso absurdo, pues evidentemente, Cunningham tuvo que acercarse a Sanderson para matarlo. Pero… ¿realmente podía haber algo absurdo, cuando un espía se disponía a matar?

«Todavía no sé lo que están tramando Morgan y los otros —pensó—. Pero me pregunto si Cunningham tiene o no derecho a esta venganza. Desde luego, debe estar dominado por un odio tan intenso que…».

Justo en aquel instante, el finísimo oído de la mejor espía del mundo captó el rumor de la llegada de un coche.

Capítulo IV

Ernest O'Neil detuvo el coche delante de la casa del Boulevard Raspail, y, como O'Brien y O'Rourke, miró hacia ella. Mientras Gerald Mathiesson llevaba a Morgan a Deauville, donde el inglés tenía su lancha, ellos tres habían decidido ir a ver a Sanderson. Habían dejado los coches de O'Rourke y O'Brien al llegar a París, y, los tres en el de O'Neil, se habían dirigido a la casa de Peter Sanderson. Los tres juntos, como buscando protección uno en otros, todavía aterrados por el recuerdo de la visión de aquel rostro monstruoso, quemado…

—No se ve ninguna luz —murmuró O'Rourke.

—Son más de las doce y media. Deben estar durmiendo.

—O quizá —sugirió O'Neil— todavía no han regresado del fin de semana en la casa de campo de Peter. Suele ir todas las semanas.

—Pero no ésta —masculló O'Brien—. Peter sabía muy bien que tenía que reunirse con nosotros y con Morgan. Y no me digáis que ha podido olvidarlo. Yo insisto en que han llegado, y están durmiendo.

—Lo que dices no tiene sentido —aseguró O'Neil—. Si han salido al campo es que Peter no ha recordado la cita. Y si no la ha recordado, quizá no regresen hasta mañana.

—No perdamos más tiempo —O'Rourke señaló la casa—. Vamos allá, eso es todo.

Salieron los tres del coche, y, poco después, O'Rourke pulsaba el timbre, que se oyó claramente. Estaba a punto de pulsarlo de nuevo cuando O'Neil se adelantó, apoyó la mano en la puerta, y empujó. La puerta cedió silenciosamente.

Los tres hombres cambiaron una sobresaltada mirada.

—¿Qué hacemos? —Casi tartamudeó O'Brien.

—Larguémonos de aquí —propuso O'Neil, que había retirado la mano de la puerta, como si ésta quemase.

—No digas tonterías —gruñó O'Rourke—. Vamos a entrar.

Era más decidido que los demás. Acabó de abrir la puerta, entró, y encendió la luz del vestíbulo. O'Neil entró el último, y cerró la puerta.

—Peter —llamó O'Rourke—. ¡Peter Sanderson!

Silencio.

Silencio absoluto.

—Quizá han venido ladrones —sugirió O'Neil—. Debían tener vigilado a Peter, y sabían que los fines de semana se van al campo. Han venido aquí, y deben haber desvalijado la casa.

—¿Se te ocurre alguna imbecilidad más? —Le fulminó O'Rourke con la mirada.

—¿Qué hacernos? —Sonó aguda la voz de O'Brien.

—Id a mirar en los dormitorios. Yo echaré un vistazo por aquí abajo.

—Sería mejor que los tres fuésemos juntos, ¿no?

—Ninguno de los tres estamos armados, así que lo mismo da que Alex Cunningham nos encuentre juntos o separados, si está agazapado en la casa. Maldita sea, dejaos de estupideces, y terminemos cuanto antes. Ya iré yo arriba.

Se acercó a la escalera, y comenzó a subir. Al llegar arriba, encendió la luz del pasillo, y se volvió, para mirar hacia el vestíbulo. O'Brien y O'Neil continuaban allí, mirándole fijamente, pero respingaron al ver la hosca expresión de O'Rourke, y fueron hacia la biblioteca.

O'Rourke entró en el dormitorio que él sabía ocupaban los Sanderson, Peter y Agatha. Estaba vacío. Y si ellos no estaban…

El agudo grito que llegó a sus oídos le hizo dar un salta, y le puso los cabellos de punta. Luego, se quedó vacilante, notando el violento y desacompasado latir de su corazón. De pronto, dio media vuelta, salió del dormitorio, y se lanzó escaleras abajo.

Cuando entró en la biblioteca, vio a O'Neil y O'Rourke, de espaldas a él, como estatuas. O'Rourke abrió la boca con gesto agrio, pero entonces vio la cabeza, y, algo más allá, el cuerpo. Una súbita frialdad inundó su cuerpo, la cabeza le dio vueltas, el estómago se le volvió del revés…

No pudo evitarlo. Se volvió de cara a la pared, apoyó una mano es ésta, y la frente en el antebrazo, y comenzó a vomitar, de un

modo brutal, estruendoso. Los otros dos se volvieron a mirarlo. Estaban lívidos como muertos, desencajadas sus facciones como si realmente los huesos hubiesen cambiado de posición.

Durante unos segundos, sólo se oyó el gorgoteo producido por las violentísimas arcadas de Chalmer O'Rourke. Por fin, se recuperó, y se volvió hacia sus dos amigos, palidísimo, lleno el rostro de sudor, desorbitados los ojos inundados de lágrimas.

—Hay… hay un papel en… en el mango del hacha… —jadeó O'Neil.

O'Rourke se limpió la cara con su pañuelo, suspiró hondo, y miró hacia el cuerpo decapitado. Se acercó, y con mano temblorosa tomó el papel. Lo leyó, y lo tendió hacia atrás, sin mirar. Cuando se lo quitaron de entre los dedos, se inclinó, y se quedó mirando la pistola y la otra nota, colocadas junto al cuerpo, sobre la sangre seca. La nota estaba con la escritura hacia arriba, de modo que la identificó en el acto.

—También recibió la nota, claro —murmuró—. Él tenía que haber pagado ayer. Es decir, ya anteayer, el sábado.

Se incorporó, y se volvió hacia O'Neil y O'Brien, que ya habían leído la breve nota en la que A. C. aseguraba que aquél era el primero, y que los demás seguirían el mismo camino, si no pagaban. Este pensamiento fue común en los tres hombres.

—A Gerald le correspondía pagar hoy —dijo O'Brien. Bueno, quiero decir ayer, pues hoy ya es lunes. Y a mí me corresponde pagar hoy, uno de julio…

—A mí, mañana —musitó O'Neil—. Tú eres el último, Chalmer, el día tres.

—Estoy pensando en Morgan… Él tenía que haber pagado, no lo ha hecho, y en cambio sigue con vida.

—Alex Cunningham debe estar en París… Ya se encargará de Morgan, en cuanto pueda. Él es más difícil de cazar que nosotros. ¿Cuándo debió matar a Peter?

—Hace mucho de eso —aseguró O'Rourke—. Seguramente, esta mañana. Peter debió enviar a su familia al campo por unos días, y él se quedó, bien para contestar a la llamada que iba a hacerle Cunningham, o para esperar el momento de ir a Saint Hymer, a reunirse con nosotros. Quizá Cunningham le llamó, Peter le dijo que no pensaba pagar los cinco millones de francos, y… Bueno, luego

Cunningham vino por él.

—Pero… ¿cómo pudo sorprenderlo? Peter tenía una pistola, sabía muy bien que no debía descuidarse. No ha disparado la pistola, y desde luego, Cunningham lo mató aquí mismo, en la biblioteca… ¿Cómo llegó Cunningham aquí, sin que Peter pudiese impedírselo, aunque sólo fuese disparando una sola vez…?

O'Brien se estremeció.

—Está jugando con nosotros, está… provocando nuestro terror. ¿Recordáis lo que dijo cuando nos tiró el petardo en la casa de Saint Hymer? Dijo: *y ahora, vosotros… Lo* recuerdo muy bien. Está provocando nuestro pánico. Hoy ya es lunes… Iré a mi casa, y, cuando me llame, le diré que estoy dispuesto a pagar. Mientras tanto, esperemos que a Morgan se le ocurra algo…

—Estoy pensando en Gerald —susurró O'Rourke—: él tenía que haber pagado hoy, pero no lo ha hecho. Se marchó muy temprano de su casa para no escuchar siquiera a Cunningham, si realmente éste le llamaba por teléfono… Gerald no ha pagado.

—¿Crees que también le matará a él? —susurró O'Neil.

—¿Por qué no? Y Gerald no ha enviado a su mujer al campo, de modo que si Cunningham aparece por allí…

La frase quedó sin terminar, pero todos comprendieron su completo significado. O'Brien, señaló el teléfono, sobre la mesita de centro.

—Podernos llamar a Gerald desde aquí, y avisarle.

—Seguramente, no ha llegado todavía. Él fue a llevar a Morgan a Deauville al embarcadero. Ha tenido que recorrer más kilómetros que nosotros. Pero Ruth sí debe estar en la casa, esperándolo. Deberíamos ir allá, por si… por si acaso. Ella está sola.

O'Neil y O'Brien desviaron la mirada hacia el suelo, y no dijeron una sola palabra. O'Rourke les estuvo mirando unos segundos, y luego miró hacia el teléfono, vacilante.

—No son ustedes muy valientes, me parece —dijo entonces una voz femenina.

Los tres hombres respingaron, al ver aparecer de detrás del sofá a la hermosísima muchacha de los grandiosos ojos azules, que les contemplaban fríamente. A su vez, ellos se quedaron mirándola con expresión desorbitada.

—¿Quién es usted? —gritó O'Rourke—. ¿Qué hace aquí?

—Me llamo Galina Cherkova. Y estoy aquí cumpliendo parte de mi trabajo.

—¿Su trabajo? ¿Qué trabajo?

Galina Cherkova sonrió fríamente.

—Espiar —informó tranquilamente.

—¿Es usted una espía? ¿Una espía rusa?

—Sí, en efecto —Galina salió de detrás del sofá—. ¿Y qué son exactamente ustedes, si puede saberse? Por favor, no me digan que son comerciantes eso ya lo sé. Pero…, ¿qué más son? ¿Cuál es su… *otro* trabajo, ese que les relaciona con Stanley Mark Morgan?

Los irlandeses cambiaron una mirada, para volver a mirar fijamente a Galina Cherkova, que, en efecto, aunque hablaba perfectamente el francés, tenía un cierto acento ruso… Los tres adelantaron a la vez hacia ella, con gesto visiblemente amenazador, pero Galina se limitó a alzar las cejas, entre sorprendida y divertida.

—No sean estúpidos —recomendó—. Les conviene más aliarse conmigo que atacarme.

O'Rourke era el más impulsivo. Lanzó de pronto un tremendo puñetazo al rostro de la espía rusa, que se limitó a apartarse, con la agilidad de una pantera llena de benevolencia hacia un enemigo tan inferior que ni siquiera merecía réplica. Y no hizo falta, porque O'Rourke, con el torpe impulso de sus cincuenta años cumplidos, pasó por su lado, y fue a caer de bruces en el sofá, para quedar arrodillado ante el mueble.

El más astuto fue O'Neil, y, por tanto, el más perjudicado… Se abalanzó hacia la pistola de Peter Sanderson, que estaba en el suelo junto al cuerpo decapitado… y cuando estaba inclinado recibió un puntapié en la barbilla que lo tiró de espaldas dos metros más allá, casi desvanecido. En ese mismo instante, O'Brien atacaba a la bella espía.

Fue una tontería. Galina Cherkova movió su mano derecha, cerrado el puño, doblado el brazo como si estuviese haciendo un suave ejercicio gimnástico en movimiento de vaivén. El pequeño pero durísimo puño golpeó exactamente en el plexo solar de O'Brien, que cayó sentado ante los pies de Galina, con la impresión de que acababan de clavarle una lanza en el pecho.

Y casi simultáneamente, Galina se volvía hacia O'Rourke, que se había puesto en pie y volvía a la carga… Todo lo que hizo la espía

fue adelantar su mano derecha, ahora completamente extendida, rígido el brazo. Las puntas de los dedos se clavaron en la garganta de O'Rourke, que lanzó un gemido ronco y ahogado, y cayó de espaldas en el sofá.

—No sean cretinos —dijo sosegadamente Galina—. Con una sola mano puedo hacerlos pedazos a los tres a la vez. Es mejor que hablemos.

Recogió la pistola de Sanderson, la tiró a un rincón de la biblioteca, y se sentó en un sillón, contemplando con divertida curiosidad a los tres hombres de más de cincuenta años que habían pretendido vencer a una pantera. En realidad, sólo habían hecho el ridículo.

O'Rourke terminó de toser, se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta, y se quedó mirándola fijamente. O'Brien se había puesto en pie, y estaba ayudando a O'Neil a hacer lo mismo.

—Repetiré la pregunta: ¿qué son ustedes exactamente? Por favor, no me digan que son espías, como yo: me moriría de risa.

—No le diremos nada —consiguió barbotar O'Rourke.

—Muy bien. ¿Eso significa que no quieren que les ayude a eliminar definitivamente a Alex Cunningham?

—¿Qué sabe usted de esto? —exclamó O'Neil.

—Casi todo. La conversación que ustedes han sostenido en el chalet cercano a Saint Hymer la tengo grabada. Y además, antes, disponía de una aceptable información previa sobre ustedes cinco y Stanley Mark Morgan. La verdad es que sólo me falta saber qué es lo que están tramando ustedes y Stanley Morgan. De lo demás, estoy al corriente. Así que… ¿de qué se trata?

—No se lo diremos.

—Bien… Evidentemente, Alex Cunningham les sometió a ustedes y a Morgan a un chantaje, porque él sabía lo que yo quiero saber. Ustedes le pagaron. Le entregaron un millón de dólares en un portafolios. Pero ese portafolios debía estar muy hábilmente preparado, posiblemente por Morgan, y cuando Cunningham emprendió el regreso en lancha a Inglaterra, explotó… Sin embargo, él no murió. Todos lo hemos visto esta noche, ¿verdad? Ahora, quiere mucho más dinero que la primera vez, y si no pagan, pues… ¡ráaaaassss! —Galina se pasó con veloz gesto el dedo índice por la garganta, y luego señaló la cabeza de Peter Sanderson, en el suelo.

—Cállese —jadeó O'Neil—. ¡Cállese!

—¿Qué papel juega usted en esto? —murmuró O'Rourke.

—Mi misión iniciar consistía en vigilar a Stanley Mark Morgan en Londres…

—¿Por qué? ¿Para qué?

Galina Cherkova sonrió amablemente.

—La MVD tiene determinados planes para un futuro muy cercano en Inglaterra, y esos planes precisan de un hombre como Stanley Mark Morgan para ser llevados a cabo. Mi misión, desde el principio, ha consistido en vigilarlo, en estudiar la… posibilidad de que Morgan aceptase determinadas… instrucciones de la MVD. La verdad es que yo estaba convencida de que era inútil intentar un acercamiento a un hombre que dirige los servicios de coordinación del espionaje británico, pero… no sé… Tal como están las cosas ahora, y después de vigilar a Stanley Morgan durante algunos meses, empiezo a admitir la posibilidad de que él acepte determinadas condiciones.

—¿La MVD quiere comprar a Morgan?

—Nosotros no decimos «comprar», sino… «persuadir amistosamente». Suena menos feo. Pero, señores, volvamos a lo que interesa en estos momentos: Alex Cunningham está dispuesto a matarlos a todos ustedes, incluyendo a Morgan. Las muertes de ustedes, francamente, no me importarían demasiado, pero, ahora que vislumbro la posibilidad de persuadir amistosamente a Morgan para que trabaje para la MVD, no me gustaría que le matasen.

—Eso quiere decir que a usted le interesa eliminar a Alex Cunningham antes de que él mate a Morgan.

—Exacto. Pero si ustedes no se sinceran conmigo…

—Espere un momento. ¿Qué puede importarle a usted lo que nosotros estemos tramando? Olvídese de eso, y limítese a ayudarnos a matar a Cunningham. Luego, Morgan y usted pueden entenderse perfectamente. Usted y nosotros saldremos beneficiados.

Galina Cherkova frunció el ceño, y permaneció pensativa algunos segundos. Por fin, sonrió simpáticamente.

—Me parece razonable, señor O'Rourke. Llamen ustedes a Stanley Morgan, y, si él acepta, yo les ayudaré a ustedes, desde este mismo momento, a localizar y matar a Cunningham. ¿De acuerdo?

—Desde luego. Pero no podemos llamar ahora a Morgan… Ha

regresado a Londres, y hasta las siete de la mañana no tenemos modo de localizarlo.

—Oh, sí, recuerdo esa parte de la conversación: hasta las diez de la mañana pueden llamarle al teléfono de siempre. Muy bien… ¿Les parece que empecemos a trabajar?

—¿Cómo? —se interesó O'Neil.

—Pues, evidentemente, lo primero que tenemos que hacer es ir al domicilio de Gerald Mathiesson… Ya hemos perdido el tiempo suficiente para que él haya compensado su demora al llevar a Morgan a Deauville, así que habrá llegado a su casa. Y si no ha llegado, le esperaremos, y haremos las cosas de modo que tanto él como ustedes queden debidamente protegidos.

—¿Y todo eso… lo hará usted sola?

Galina Cherkova volvió a sonreír amablemente.

—Si necesito ayuda, sé dónde obtenerla, señor O'Neil. Por cierto que, para evitar sobresaltos y desmayos, unos amigos míos se van a encargar de retirar de aquí el cuerpo y la cabeza de Peter Sanderson, dejando las cosas de modo que, a su regreso, la familia del decapitado señor no note nada. Tiempo habrá de darles la noticia con la delicadeza necesaria.

—¿Unos amigos suyos vendrán aquí?

—Sí. Los llamaré luego por la radio… Ahora, salgamos. Ya estamos perdiendo demasiado tiempo. Tengo mi coche afuera, así que, si les parece bien, iré detrás de ustedes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Capítulo V

Gerald Mathiesson vivía en una bonita casa moderna, de dos pisos, rodeada de jardín, en Avenue de Villiers, y los dos coches llegaron allá cuando faltaban diez o doce minutos para las dos de la madrugada.

Los primeros en salir del coche fueron los irlandeses, delante mismo de la entrada al jardín. Galina Cherkova detuvo su coche un poco más alejado, y se reunió con ellos pocos segundos después, en su mano izquierda llevaba el maletín rojo con florecidas azules estampadas.

—Me… me produce la misma impresión que la casa de Peter —susurró O'Neil.

La espía rusa miró hacia la casa, y asintió con la cabeza. Pero, a fin de cuentas, todas las casas producen la misma impresión a las dos de la madrugada y con todas las luces apagadas. Fue la primera en entrar en el jardín, y, en seguida, tras ella, oyó la voz de O'Rourke:

—Ahí está el coche de Gerald. Ya ha llegado.

Calina miró hacia allí, vio el coche, y, por detrás, un poco más allá, una superficie brillante… Parecían cristales.

—¿Qué es aquello? —señaló.

—Oh, es un invernadero… Muy pequeño, pero Gerald pasa muchas horas ahí dentro, con sus flores y plantas. Está construido junto a la pared del garaje.

—¿Por qué habrá dejado el coche afuera Gerald? —se sorprendió O'Brien.

—Estaría cansado… ¡Yo qué sé! —masculló O'Rourke—. Vamos a llamarlo.

Estuvieron llamando un par de minutos, sin resultado. Por fin, Galina Cherkova abrió su maletín, sacó el juego de ganzúas, y comenzó a trabajar. Menos de un minuto más tarde, retiró la

ganzúa, y empujó la puerta, qué cedió.

—No se preocupen por hacer ruido —murmuró la divina espía —. O no están, o están muertos ya.

Los irlandeses se miraron después que ella hubo encendido la luz del vestíbulo. Tragaron saliva, y miraron a la espía, que se dirigía ya hacia la puerta del salón, biblioteca o lo que fuese… La abrió, encendió la luz, miró dentro, y volvió a cerrar.

—No hay nadie ahí. Vamos a los dormitorios.

No le importaba en absoluto volverles la espalda a los tres irlandeses, que parecían ir a remolque de ella, aceptando absolutamente su iniciativa.

Arriba sí había alguien.

Estaba Ruth Mathiesson, la esposa de Gerald Mathiesson…

Del centro del techo del lujoso dormitorio colgaba una magnífica lámpara de cristal tallado, que debía valer una pequeña fortuna.

Y de la lámpara, colgaba Ruth Mathiesson, por el cuello.

Estaba prácticamente desnuda. Había llevado un camisón, pero en aquellos momentos sólo quedaban sobre su cuerpo algunos jirones del fino tejido, dejando al descubierto los senos, el vientre las ingles…

Galina Cherkova no se preocupó en absoluto por las reacciones de los tres irlandeses, y, dominando su impresión, se acercó más a la mujer colgada de la hermosa lámpara de cristal. No sólo tenía las manos atadas a la espalda con una corbata, sino que estaba fuertemente amordazada con otra, de alegres listas blancas, azules y rojas… Los ojos de Ruth Mathiesson estaban casi fuera de las órbitas, y su rostro se veía amoratado hasta el extremo de que casi parecía negro. Había sido colgada utilizando el cordón de un batín.

Durante unos segundos, la espía estuvo contemplando, como hipnotizada, los pies de Ruth Mathiesson, las uñas tan cuidadosamente retocadas… Luego, contempló los blancos pechos hinchados, gruesos, el macizo vientre… Alzó una mano, y tocó el cadáver en el vientre. Todavía estaba caliente. Es decir, ligeramente tibio.

Se volvió hacia los demudados irlandeses.

—Hace poco que la han matado —susurró.

Los empujó fuera del dormitorio, salió ella, y cerró la puerta. Los tres hombres parecían muñecos que tuviesen que ser dirigidos en

todo momento. Sus rostros tenían el color de la leche.

—¿No… no vamos a hacer… nada? —tartamudeó O'Neil.

—¿Por ejemplo? —Alzó las cejas la espía.

—Yo… yo voy a llamar a la policía, para que… para que protejan a mi familia…

—No diga estupideces. Si llama a la policía, todos nosotros nos vamos a complicar la vida de un modo que usted no imagina. Pero, desde luego, hay que pensar en eso. Lo mejor será que llamen ustedes a sus respectivos domicilios, e indiquen a sus familiares que los abandonen, que se vayan inmediatamente a un hotel, si es posible lejos de París… Y desde luego, sin decirle a nadie dónde van a estar durante los próximos días. ¿Está claro?

—Si… Sí. ¿Vamos… vamos a dejar a Ruth… colgada ahí, de ese… modo?

—No. Vayan a telefonear abajo. Pronto me reuniré con ustedes.

Los tres hombres bajaron a la planta, y Galina entró de nuevo en el dormitorio. Se acercó al colgante cadáver, y retiró el papel doblado que había sido colocado entre los grandes pechos casi tan blancos como el papel. Un papel que no había querido que viesen los tres irlandeses.

Lo desdobló.

> *«Vosotros y toda vuestra ralea vais a morir, si no me pagáis. Y ahora, quiero diez millones de francos por cada uno de los que quedáis vivos… por el momento.*
>
> *»A. C.»*

Guardó la misiva en el maletín, sacó de éste el cepillo para el cabello, e hizo sobresalir la aguda y cortante hoja de acero que en más de una ocasión había salvado Su vida. Acercó un precioso silloncito de color rosa, que hacía juego con la decoración del dormitorio, se subió a él, y cortó el cordón del batín. El cadáver resonó sordamente contra el suelo alfombrado, y quedó grotescamente retorcido, mostrando las abultadas nalgas blanquísimas.

La espía colocó el cuerpo boca arriba, en postura un poco más apacible, y retiró la corbata de la boca y cortó la que sujetaba las manos, echándolas a un lado.

—Lo siento —murmuró—. No puedo hacer nada más.

Segundos después, salía del dormitorio. Bajó al vestíbulo, y entró en el salón. En aquel momento, O'Rourke colgaba el teléfono. Los tres se la quedaron mirando con los ojos muy abiertos, pero con tal expresión que ella comprendió.

—¿Todos estaban bien en sus casas? —preguntó.

O'Rourke asintió.

—Sí… Todos van a salir inmediatamente de París, hacia… Bueno, no sé hacia dónde.

—Es mejor que ni ustedes mismos lo sepan. Vámonos.

—Pero… deberíamos esperar a Gerald… Cuando…

—Gerald Mathiesson ya llegó, ¿no recuerdan que hemos visto su coche?

—Pero él no está. Quizá salió a…

—No salió. Llegó y se quedó. Está en el invernadero.

Los irlandeses se quedaron mirando poco menos que aterrados a la espía internacional. Aterrados y pasmados.

—¿En el… invernadero?

Galina Cherkova no contestó. Dio media vuelta, y salió del salón. Los tres corrieron en pos de ella, que salió de la casa y se dirigió resueltamente al pequeño invernadero. Empujó la puerta, tanteó en busca del interruptor de la luz, y la encendió.

Ni siquiera tuvieron que entrar para ver a Gerald Mathiesson.

Estaba sentado en uno de los grandes tiestos alargados, elevados del suelo, rodeado de flores y plantas. Y en la garganta tenía clavadas unas grandes y poderosas tijeras de jardinero, con las que, evidentemente, antes le habían cortado los orejas, que luego habían sido pinchadas con alambres en los ojos. Es decir, que donde se le debían haber visto los ojos, estaban las orejas, allí clavadas… Por los lados de la cabeza y desde la garganta había manado la sangre en abundancia espantosa.

Los tres irlandeses habían retrocedido vivamente, y Galina oía vomitar a otro de ellos, en el exterior. Palidísima, se acercó a Mathiesson, y lo estuvo contemplando unos segundos… No había allí ningún papel, ningún mensaje. Alex Cunningham había reservado esto para el siguiente golpe de efecto, cuando encontrasen a la señora Mathiesson. No había calculado que podía ser al revés… Pero, como suele decirse, el orden de los factores no

altera el producto.

Salió del invernadero, tras apagar la luz. Afuera, medio muertos de miedo, la esperaban los tres irlandeses, O'Neil limpiándose todavía el demudado rostro. No parecían dispuestos a separarse de ella por nada del mundo.

—Tenemos que… —empezó Galina.

Y entonces, lo vio.

Volvió a ver al monstruo.

Apareció tan de improviso que no tuvo tiempo de hacer nada contra él.

Pudo verlo perfectamente, al resplandor de las luces de la Avenue de Villiers, justo en el momento en que el monstruo movía su brazo derecho, y algo salía despedido de su mano, hacia el invernadero. Vio el horrendo rostro, comprendió el gesto, y lo único que pudo hacer fue empujar a los irlandeses, gritando:

—¡Al suelo!

En cuanto ella cayó, rodó un par de veces, sacó la pistolita… y se encontró rodeada de un humo blanco y densísimo en menos de un segundo…

—¡La próxima vez será una bomba! —Oyeron los cuatro la voz aguda, destemplada, del monstruo.

Galina Cherkova no disparó. Se puso en pie, abrió la boca y gritó:

—¡Cunningham, espere, quiero…!

El humo penetró por su boca, por su nariz, y llegó a los pulmones, donde pareció estallar. La espía comenzó a toser, y, como metida en una nube, empezó a correr, sin saber hacia dónde, llenos los ojos de lágrimas, con el pecho a punto de estallar…

Salió de la bolsa de humo, corrió unos cuantos pasos más, y se dejó caer al suelo, siempre en su mente la idea de que el monstruo podía disparar contra ella. Abrió los ojos, pero no pudo ver nada, pues las lágrimas comenzaron a brotar en abundancia increíble. Sacudió la cabeza, y algunas lágrimas saltaron. La sensación del pecho se iba amortiguando rápidamente, podía respirar ya casi con normalidad.

Poco después, retiraba las últimas lágrimas de sus ojos, ya respirando con desahogo. La nube había desaparecido… Y, por supuesto, también había desaparecido el monstruo. A unos veinte

metros, los tres irlandeses yacían de bruces, tosiendo como si fuesen a saltar en pedazos, con espasmos que parecían provocados por diminutas bombas que estallasen en su interior.

No podía hacer nada por ellos, ni podía ya encontrar a Alex Cunningham, así que se sentó sobre el césped, y se dedicó a respirar lenta y acompasadamente, limpiando del todo sus pulmones, y apretando los párpados para eliminar las últimas lágrimas en los ojos. En tres minutos se encontró en perfectas condiciones, pero no así los tres irlandeses, que necesitaron el doble de tiempo para estar en condiciones de ponerse en pie y atender el mundo que les rodeaba.

—¿Alguno de ustedes puede conducir?

Se quedaron mirándola, irritados los ojos, todavía tosiendo esporádicamente.

—Ya hemos tenido suerte de que nadie se haya dado cuenta de la bomba de humo —se impacientó Galina Cherkova—. Pero no podemos quedarnos más tiempo aquí.

—¿Y adónde… adónde pretende que vayamos? —graznó O'Neil.

—Hay un lugar donde Alex Cunningham ya no volverá a buscarles a ustedes —aseguró la espía—: el chalet de Saint Hymer.

—¡No! —aulló O'Rourke—. ¡De ninguna manera iremos allá!

—En ese caso, les deseo buena suerte, señores. Adiós.

—¿Adónde va? —gritó O'Brien.

—No tengo que darles esa explicación. En cuanto a mí concierne, mi interés se dirige exclusivamente hacia Stanley Mark Morgan. No obstante, puedo ayudarles a ustedes… siempre y cuando hagan lo que yo diga. Esas son mis condiciones.

—Yo voy con ella —dijo O'Neil—. Tiene razón: seguramente, Cunningham no pensará que hemos vuelto allá. Si queréis, os llevo adonde dejasteis vuestros coches.

—¿Y si nos fuésemos cada uno a nuestra casa? —dijo, de pronto, O'Brien.

—¿Estás loco? —aulló O'Rourke.

—No… Cunningham quiere dinero. Sólo dinero. A mí me corresponde pagar hoy mismo. Me llamará… Le diré que estoy de acuerdo, que le voy a pagar, y que vosotros también le vais a pagar…

—Mucho me temo —intervino Galina— que ahora quiere más

dinero de los que quedan vivos. Dejó una nota en este sentido en el cadáver de la señora Mathiesson. No quería decírselo, pero…

—¿Cuánto quiere ahora?

—Diez millones de francos, por cada uno de los que queden vivos. Y no les estoy engañando. ¿Quieren ver la nota?

Nadie contestó, y la espía comprendió. Sacó la nota del maletín, y la entregó a los tres irlandeses, que, después de leerla a la luz de la avenida, se miraron.

—Diez millones de francos —jadeó O'Neil—. ¡Yo no tengo tanto dinero!

—No le den muchas vueltas al asunto —se adelantó la espía a los otros dos—: Cunningham quiere treinta millones de francos, y no atenderá razones de ninguna clase. Él ha hecho sus cálculos: cinco millones por cabeza. Eso es todo.

—Quizá entre los tres podríamos reunir los treinta millones —murmuró O'Rourke—. Porque con Morgan no hay que contar, él no tiene dinero en cantidad. Podemos ir a las nueve en punto cada uno a nuestro Banco, a retirarlo todo… Cuando llame a Ernest, él le dirá que estamos dispuestos a pagárselo todo de una vez… ¿A usted qué le parece?

Galina encogió los hombros.

—Si todo lo que Cunningham quiere es dinero, y ustedes están dispuestos a pagar, el problema dejará de existir, supongo. Sin embargo, hay algunos aspectos de la cuestión que no me satisfacen.

—¿A qué se refiere?

—En primer lugar, entiendo que ustedes tres quedarían prácticamente arruinados, ¿no es así?

—Sí, pero… Bueno, nosotros confiamos en que, aprovechando la entrega del dinero, usted o Morgan encuentren alguna solución, el modo de matar a Cunningham…

—Olvídelo, O'Rourke. No estamos tratando con ningún imbécil. Si entregan el dinero, será en unas condiciones tales de seguridad para Cunningham, que ni Morgan, ni yo, ni nadie, podrá impedir que se escape tranquilamente con sus treinta millones.

—Pero usted dijo…

—Voy a serles sincera —susurró la divina espía—: no creo estar preparada para luchar contra ese hombre. Lo siento.

—¿Entonces…?

—Si ustedes no aceptan mis condiciones, simplemente, yo regresaré a Londres, e iré a visitar a Stanley Mark Morgan. Insisto en que es él quien me interesa.

—Yo no estoy dispuesto a quedar arruinado sin posibilidades de recuperar mi dinero. Además, necesitamos ese dinero para la causa…

—¿Qué causa? —se interesó Galina.

—No le importa —gruñó O'Rourke—. Pero voy a decirle que he cambiado de opinión: iré con usted a Saint Hymer. Desde allí mismo, en cuanto sean las siete de la mañana, podemos llamar a Morgan, y quizá a él se le ocurra algo. Y le diremos que usted quiere hablar con él.

—Por mí está bien, desde luego —aceptó la espía.

O'Neil miró a O'Brien.

—Sólo quedas tú… ¿Vienes?

—Eso quiere decir que no vamos a pagar, ¿verdad?

—Claro que no —masculló O'Rourke—. Tenemos nuestras familias a salvo, de modo que si Cunningham viene por nosotros, a partir de ahora nos encontrará preparados. Vamos al coche.

—Iré detrás de ustedes, en el mío —dijo Galina.

Llegaron al chalet cercano a Saint Hymer alrededor de las cuatro y media de la madrugada. La puerta continuaba abierta, y al entrar vieron en las paredes y en el suelo las manchas oscuras de las explosiones del regalo pirotécnico que les había hecho el monstruo.

—¿Quieren que prepare café? —se ofreció Galina.

—Yo prefiero dormir —musitó O'Brien—. Estoy agotado.

—Y yo —murmuró O'Neil.

—Alguien tiene que estar despierto, ¿no? —Gruñó O'Rourke—. Está bien, yo tomaré café.

La espía asintió, y fue a la cocina. Tardó siete u ocho minutos en preparar café, y, cuando regresó al salón, O'Brien y O'Neil estaban ya adormilados, sentados cada uno en un sillón. O'Rourke, que estaba mirando por la ventana, se volvió hacia ella…

Y en ese momento sonó el teléfono.

Si Galina Cherkova hubiese reaccionado como los dos irlandeses adormilados, el café habría saltado por los aires. Pero, mientras ella, impávida, se limitaba a mirar hacia el aparato, O'Brien y O'Neil se pusieron en pie de un salto, gritando, y O'Rourke respingó

con tal fuerza que se atragantó. Los tres hombres se quedaron mirando el teléfono, y Galina, tras mirarlos, depositó la bandeja sobre la mesita, y descolgó el auricular.

—¿Diga?

La espía miró vivamente hacia los irlandeses, y les hizo señas de que se acercaran, mientras asentía:

—Sí, soy la chica que estaba con ellos en París… ¿Usted es Cunningham?

—Bien. Escuche, Cunningham, yo quisiera…

—¡…!

—No se ponga nervioso. Le escucho, le escucho… Sí, está bien. Un momento —dejó el auricular sobre la mesita, abrió su maletín, y sacó una pequeña libreta de cantos dorados, en cuyo lomo había un pequeño bolígrafo de oro con un rubí en el extremo—. Estoy preparada. Dígame.

—Sí… Sí… Si…

La espía hizo unas breves anotaciones. Luego, se limitó a escuchar, murmurando un «sí» de cuando en cuando. Los tres irlandeses se dieron cuenta de que estaba pálida, así que comprendieron que las cosas no iban bien.

Y así era, en efecto. Por fin, Galina dijo su último «sí», y colgó.

—Nos ha encontrado de nuevo —jadeó O'Rourke—. ¡Maldito Cunningham…!

—Es mejor que se tranquilice, señor O'Rourke —recomendó Galina—. No sólo es capaz de prevenir todos nuestros movimientos, sino que tiene gente que le está ayudando. Esa gente estaba vigilando a las familias de ustedes, y Alex Cunningham sabe ahora dónde están sus esposas e hijos.

Una vez más, los tres hombres quedaron del color de la leche.

—No… no puede ser cierto… —tartamudeó O'Neil…

—Puede que sea mentira, y puede que sea verdad. Pero lo seguro es que ustedes no saben adónde han ido sus familiares, de modo que no pueden avisarles de nuevo. En cambio, es muy posible que los amigos de Cunningham estén en estos momentos cerca de sus hijos… Lo siento: ya les dije que ese hombre era demasiado para mí.

—Pe… pero, ¿qué… qué quería ahora?

—Quiere el dinero, todo a la vez —Galina les tendió la hoja de

la libretita en la que había escrito—. Debo admitir que es un hombre extraordinario. Sus instrucciones son las siguientes: ustedes sacarán esta mañana, a primera hora, su dinero del Banco, o bien, harán una transferencia directa al Banco de Zúrich, cuyo nombre he anotado, para la cuenta-clave que Cunningham me ha indicado. Ahí tienen los datos. En caso de que no puedan hacerlo por medio de su Banco francés, tienen que arreglárselas como puedan, pero al mediodía esa transferencia debe haber llegado a su destino. Cunningham lo sabrá en cuanto llegue el dinero a Zúrich.

—Si hacemos eso… jamás volveremos a verlo… ¡No podremos matarlo!

—Evidentemente, es lo que él desea —replicó Galina—. No lo vamos a hacer —movió la cabeza O'Brien—. ¡No!

—Bueno, sólo se trata de decidir entre su dinero y su causa, o sus mujeres e hijos —musitó Galina—. Cunningham volverá a llamar dentro de diez minutos. ¿Qué le digo?

Cuando, diez minutos más tarde, el monstruo llamó, Galina Cherkova le dijo:

—Han aceptado sus condiciones. Pero, Cunningham, yo quisiera hablar con usted para…

Clic.

La espía se quedó mirando unos segundos el auricular, con el ceño fruncido. Luego, simplemente, colgó. Dedicó cinco minutos a recoger los micrófonos que había distribuido en la casa, contemplada sombríamente por los irlandeses; y consideró que ya no tenían nada más que hacer allí, por el momento.

—¿Nos vamos? Parecen muy cansados…

—Usted es joven, tiene mucha vitalidad —susurró O'Rourke—. Pero nosotros estamos agotados.

—No me siento con ánimos para conducir hasta París —aseguró O'Neil.

—Puedo llevarles en mi coche, si quieren —dijo ella—. Y ya que están tan agotados, espero que no se les ocurra ninguna tontería contra mí. Sobre todo, teniendo en cuenta que quizá todavía encuentre una solución a sus problemas.

—¿Qué solución? —exclamó O'Brien.

—No sé aún… Creo que antes es conveniente que hable con Stanley Mark Morgan. Cuando gusten.

Ya en el «Tiburón» de Calina Cherkova, ésta recogió también el equipo receptor, lo colocó todo bien en la pequeña maleta, y se puso al volante.

Calculó que podían estar de nuevo en París antes de las siete de la mañana.

Capítulo VI

Y así fue. Se instalaron, los cuatro, en el lujoso apartamento que Ralph O'Brien tenía en el Boulevard Saint-Michel, y, a las siete en punto, O'Brien intentó el contacto telefónico con Londres.

Tuvo que intentarlo de nuevo a las siete y cuarto. Entonces, sí, consiguió la comunicación con Stanley Mark Morgan, al que expuso la actual situación. Luego, escuchó las instrucciones del inglés, colgó, y se quedó mirando con expresión esperanzada a sus amigos.

—¿Qué te ha dicho? —Se impacientó O'Rourke.

—Que paguemos. Dice que cree tener una pista de Cunningham, y que, por tanto, es mejor que no arriesguemos nuestras vidas ni las de nuestras familias.

—¿Qué clase de pista? —se animó O'Brien.

—No me lo ha dicho. Dice que aún está trabajando en ella, que tiene que pasar por su despacho para comprobar discretamente ciertos datos de informaciones rutinarias del MI5 en Suiza…

—¡En Suiza! ¡Quizá sea algo relacionado con Cunningham, que puede haber estado allí! No olvidemos que ha pedido que el dinero lo enviemos a una banca de Zúrich.

—Esperemos que sea eso. Tenemos que aguardar a que nos llame Cunningham. Luego, cuando hayamos hecho lo que él quiere, iremos otra vez a Saint Hymer, a esperar a Morgan en la casa: quiere que nos reunamos todos allí para concretar el plan a seguir una vez conozca los últimos datos.

—¿Qué ha dicho respecto a mí? —murmuró Galina Cherkova.

—Hablará con usted. No me ha dicho nada más.

—Es suficiente —aceptó ella—. Bien… Sólo tenemos que esperar a que Cunningham llame dando las últimas instrucciones…, si es que lo considera necesario. De lo contrario, a las nueve en punto, deberán estar ustedes en sus Bancos, retirar el dinero, y enviarlo, sea como sea, a esa cuenta de Zúrich.

—No creo que vuelva a llamar —murmuró O’Rourke—. ¿Para qué, si ya todo está entendido?

Se equivocó. A las ocho y media, el monstruo llamó por teléfono al apartamento de Ralph O’Brien, que fue quien atendió la llamada.

—¿Diga?

—Sí… Sí. ¿Es usted, Cunningham?

Clic.

O’Brien suspiró, y colgó el auricular. Parecía impresionado, asustado incluso.

—Tiene la voz como… como rota… Es una voz escalofriante…

—¿Qué te ha dicho? —se interesó O’Neil.

—Quería saber si algo ha cambiado. Si no era así, en cuanto hayamos enviado él dinero, tenemos que llamarle a un número que me ha facilitado, para decirle que hemos cumplido. Luego, si a la una él no ha recibido noticias de Zúrich, dice que debemos prepararnos para morir.

—Maldito… —jadeó O’Rourke.

La espía miró su relojito.

—Creo que deberían salir ustedes ya. Cuando hayan terminado, vuelvan aquí, y partiremos en mi coche hacia Saint Hymer.

Un minuto después, Galina Cherkova estaba sola en el lujoso apartamento. Entonces, sacó la radio de su maletín, y apretó el botón de llamada.

—¿Si? —Oyó.

—Sé que me has estado llamando, John, pero no podía contestarte. No era conveniente.

—Te he llamado muy temprano a Deauville, pero al no recibir respuesta, he pensado que podías estar en París. ¿Cómo estás?

—Estupendamente… Sobre todo, gracias a que me diste un coche con cristales a prueba de bala. No sabía esto.

—Bueno… En fin, cosas mías. ¿Dónde estás?

—Te lo contaré todo, si dentro de quince minutos te reúnes conmigo en la Plaza de Edmund Rostand.

—Magnífico. Delante mismo del Jardín de Luxemburgo… ¿Prefieres que paseemos por los jardines, o que te invite a desayunar?

—Voy a parecerte poco romántica —rió la divina—, pero estoy medio muerta de hambre.

—*Café au la it? Croissant?*

—*All-right!* —volvió a reír Galina Cherkova.

Quince minutos más tarde, volvía a ser Brigitte Montfort, al reunirse con John Pearson en uno de los cafés de la esquina del Boulevard Saint-Michel y Rue Soufflot; efectivamente, delante mismo de los Jardines de Luxemburgo. Apenas verla aparecer, Pearson se puso en pie, y le hizo una seña a un camarero, de modo que cuando Brigitte se sentó, no tuvo que esperar más de un minuto para tener su desayuno delante.

—¿Se nota que no cené anoche? —sonrió.

Pearson movió negativamente la cabeza.

—Claro que no. Eres demasiado exquisita para eso… El espía británico se limitó a parpadear.

—Cunningham está cortando cabezas, orejas…, y colgando mujeres por el cuello.

El espía británico se limitó a parpadear.

—¿Cunningham está haciendo eso? —preguntó, impávido.

—Sí.

—Pasmoso. No le suponía capaz de estas cosas. ¿Qué más?

Brigitte terminó su *café au lait avec des croissants*, y, tras encender un cigarrillo, procedió a explicarle todo lo sucedido a John Pearson, que la escuchó muy atentamente, sin interrumpirla una sola vez. ¿Para qué? Sabía perfectamente que la agente Baby no estaba omitiendo ni un solo detalle.

Cuando la explicación terminó, Pearson quedó unos segundos silencioso, sombrío, antes de musitar:

—Lo siento por Cunningham… Debe ser espantoso tener la cabeza quemada de ese modo.

—¿Y no lo sientes por Sanderson, Mathiesson y su esposa?

No sé. Lo cierto es que Stanley Mark Morgan no puede estar tramando nada bueno, con ellos. Supongo que te las arreglarás para sonsacarle de qué se trata, en cuanto os veáis. Y, Brigitte, ten cuidado: Morgan no es tonto… Ya sé, ya sé. Puedes engañar a cualquiera, haciéndote pasar por espía rusa, pero… ten cuidado. ¿Por qué me devuelves la maleta con el equipo? ¿Estás segura de que ya no vas a necesitar nada de esto?

—No lo creo. Además, quiero que escuches las grabaciones. Quizá a ti se te ocurra, sobre ellas, algo que no puedo ni imaginar.

—Caramba —sonrió el inglés— ¿te has vuelto modesta?

—No.

—Está bien, entiendo. ¿Cuándo crees que volveremos a vernos?

—No lo sé. Por lo general, no sé qué ocurre, cuando yo intervengo, que todo se precipita; o sea, que quizá hoy mismo termine todo. Pero a lo peor dura varios días más, ya que, según dices, Morgan es un hueso tan duro de roer.

—Puede durar varios días —asintió Pearson—, así que… feliz cumpleaños.

—¿Qué? —se sorprendió Brigitte.

—Mañana, dos de julio, es tu cumpleaños. *Happy birthday to you…!*

—John, eres encantador —rió Brigitte—, ¡pero no has debido recordarme que mañana seré un año más vieja! Oh, Dios mío, es terrible cumplir mañana veintiséis años… ¿O aparento más?

John Pearson, alias *Fantasma*, sonrió, un tanto crispadamente: la sonrisa del hombre que tiene ante él lo que más ama y que nunca podrá alcanzar…, y que, a pesar de todo, sigue amando.

—En una mujer como tú, la edad no tiene importancia.

—¡Santo cielo! ¡Eso quiere decir que sí los aparento!

—Bueno… Aparentar veintiséis años, teniendo los que realmente tienes, es sencillamente maravilloso. Creo que deberíamos separarnos ya, y marcharnos de esta terraza.

—¿Por qué? —se sorprendió Brigitte.

—Lo mejor es que vuelvas a ese apartamento, a esperar a los irlandeses. Además, si continuamos aquí, pronto circulará por esta acera todo París, para contemplar a la mujer más hermosa del mundo y al tipo más atractivo del continente.

Brigitte alzó las cejas, miró ante ella, y, en efecto, observó las miradas de auténtico pasmo de hombres y mujeres hacia ellos dos. Por fin, sonrió, se inclinó hacia Pearson, y le dio un cariñoso besito en los labios.

—*Ciao*? —susurró.

—*Arrivederci* —musitó él.

Capítulo VII

Los tres irlandeses regresaron al apartamento de O'Brien poco después de las once de aquella hermosa mañana de junio parisina. Y por sus expresiones, Brigitte Montfort, alias *Baby*, alias Galina Cherkova, comprendió que el asunto había terminado.

—¿Todo bien? —Preguntó, sin embargo—. ¿Han podido dar curso al dinero?

—Sí —masculló O'Rourke.

—¿Han llamado a Cunningham?

—Sí —O'Rourke la miró hoscamente—. Por cierto, que hemos estado hablando de que puesto que teníamos un número telef…

—No siga —sonrió Galina Cherkova—. En primer lugar, ni siguiera la MVD puede localizar tan fácilmente en París un número telefónico. En segundo lugar, Cunningham debe haber previsto eso. Y en tercer lugar, yo ya había tenido tan genial idea, pero la deseché enseguida… Creo entender de esto más que ustedes.

O'Rourke soltó un gruñido, y O'Brien preguntó:

—¿Ha llamado alguien? ¿Quizá mi familia…?

—No lo sé, porque he salido a desayunar y a dar un paseo. Por cierto, que vuelvo a tener apetito. Mi sugerencia para las horas siguientes es ésta: pongámonos en camino hacia Saint Hymer, para esperar allí a Morgan. Y en la ruta, podemos comprar algo de comida preparada… ¡Me encanta la comida preparada francesa!

Los tres hombres se quedaron mirándola, cada vez más hoscos.

—Parece como si estuviese usted de vacaciones —graznó el dueño del apartamento.

—Sólo se vive una vez —sonrió Galina Cherkova—: es necio no tenerlo en cuenta en todo momento. Cuando gusten, nos vamos.

De nuevo hacia Saint Hymer. Llegaron al chalet a la una prácticamente en punto. Después de almorzar, Galina Cherkova se encerró en uno de los dormitorios, se tendió en la cama, y quedó

dormida en un segundo.

Cuando despertó, lo hizo ya moviéndose, saliendo de la cama, y retirando velozmente la pistolita de cachas de madreperla de su muslo izquierdo, despegándola de un seco tirón. Se quedó apuntando a la puerta, pero nada sucedió. En cambio, seguía oyendo voces de tono alto, desconocidas…

Miró su relojito. Eran las cuatro y diez, es decir, que había dormido casi dos horas y media… Con lo cual, tenía suficiente para pasar otra noche sin dormir, si llegaba a ser necesario.

Ocultó la pistolita en el hueco de la mano derecha, abrió la puerta del dormitorio con la izquierda, y atisbo cautelosamente por el pasillo. Nadie. Ahora oía las voces con más claridad. Y desde luego, eran desconocidas: es decir, que su mecanismo de alarma, aquel pequeño rincón de su cerebro que nunca dormía, había funcionado a la perfección.

Se deslizó por el pasillo, sin hacer el menor ruido, y poco después, echaba un vistazo al salón. Además de los tres irlandeses había allí nada menos que seis hombres desconocidos. Desconocidos… y desagradables.

O'Rourke la había visto, y uno de los desconocidos captó su mirada, y se volvió. Al instante, lo hicieron todos los demás. La espía se dio cuenta en el acto de que no tenían la menor intención agresiva hacia ella, pero ni siquiera así le gustaron. Después de tantos años de espionaje, conocía perfectamente aquel tipo de hombre: aventureros, gente dura, sin escrúpulos, dispuestos a todo, por unos cuantos dólares. Todos eran altos, fuertes, de mirada alerta, penetrante… En sus sobacos, ella podía apreciar perfectamente el busto de las pistolas.

Uno de aquellos sujetos se adelantó hacia ella, sonriendo y tendiendo la mano.

—¿Qué tal, señorita Cherkova? —saludó en inglés.

Galina Cherkova le miró fríamente, ignorando su mano, y luego desvió la mirada hacia los irlandeses, interrogante.

—Es el jefe de este grupo de hombres —explicó O'Rourke—. Trabajan para Morgan. Él los ha enviado para que nos protejan, por si Cunningham intentase algo.

La expresión de Galina cambió. Mostró la pistola, sonriendo, y tras deslizaría en su escote, tendió la mano al hombre, que la apretó

rudamente, sin dejar de sonreír.

—Me llamo Bowman —dijo—. El señor Morgan no tardará en llegar, pero nos ha enviado por delante, por si surgía alguna dificultad.

—Es una buena idea —admitió Galina—, pero debió ponerla en práctica más pronto, ¿no les parece?

—Hemos estado ocupados —sonrió más ampliamente Bowman —. La organización no descansa nunca. Precisamente…

—Está bien, Bowman —cortó O'Neil—. El señor Morgan le explicará a la señorita Cherkova todo lo que convenga explicarle.

—Entiendo —asintió Bowman—. Bien… ¿Qué tal si bebemos un trago de algo?

—¿Agua? —sugirió Galina.

Bowman la miró, sobresaltado. Luego, se echó a reír, palmeándole la espalda, y, finalmente, le pasó un brazo por los hombros, llevándola hacia el sofá, y diciendo:

—Strick, busca algo para beber —miró, de pronto, a los irlandeses—. Con su permiso, claro.

—Hagan lo que quieran, siempre que se conserven serenos — refunfuñó O'Brien.

—Con una mujer como ésta al lado, es de idiotas emborracharse —rió Bowman.

Sentó a Galina en el sofá, lo hizo él, y le dio una sonora palmada en un muslo, dejando la mano allí. Galina miró aquella enorme mano, y luego miró los claros ojos sonrientes de Bowman.

—Tienes la mano muy dura —musitó.

—Pero puede ser suave…, cuando conviene —retiró la mano—. Y me parece que ahora no conviene, ¿verdad?

—Yo diría que no. ¿Cuándo vendrá el señor Morgan?

—Alrededor de las siete. Antes de esa hora, le resulta imposible, pues hasta las cinco tiene que estar en Londres. Luego, irá a buscar su avioneta, y volará hacia aquí. Me encargó que les dijese — Bowman miró a los irlandeses— que tiene buenas noticias para ustedes.

—¿Qué buenas noticias? —saltó O'Brien.

—No lo sé. Sólo me dijo eso. Es cuestión de esperar, y se convencerán muy pronto de que el señor Morgan sabe muy bien lo que hace. Bueno… ¿hay o no hay algo para beber, Strick?

A las siete menos cuarto, entre los seis hombres se habían bebido una botella entera de , lo cual, ciertamente, no era ninguna barbaridad. Se conservaban serenos, y bien provistos de una gran calma que no compartían los irlandeses.

A esa hora, cuando Galina estaba fumando pensativamente, y Bowman tenía vuelta la botella de al revés, contemplando cómo caía la última gota, llegó Stanley Mark Morgan. La primera en oír el rumor de la avioneta fue Galina Cherkova, que dejó de pensar, alzó la cabeza, y miró hacía la ventana. Segundos, después, lo hacían los demás. Hubo un cambio de miradas, y O'Rourke se puso en pie vivamente.

—¡Ese debe ser Morgan! —exclamó.

Se precipitó hacia la ventana, y O'Neil y O'Brien le imitaron rápidamente. Con mucha más calma, Galina se reunió con ellos, y miró hacia el gran prado. Alzó más la mirada, hacia donde señalaba O'Rourke, y vio entonces la avioneta, ya muy cerca, perdiendo altura.

—Ahí está —dijo O'Rourke—. Dentro de poco sabremos…

Los cristales de la ventana reventaron de pronto, violentamente, hacia dentro, y los cortantes fragmentos se clavaron, como balas, en los rostros de los tres irlandeses, mientras Galina Cherkova, detrás de O'Neil, salía mejor librada, pues sólo dos centelleantes proyectiles cortantes rozaron su mejilla derecha. Los cristales de las demás ventanas también reventaron…, debido a la explosión que desintegró, ya muy cerca de tierra, la avioneta de Stanley Mark Morgan.

Primero fue una bola de fuego, que todos vieron. Casi simultáneamente, la avioneta se dispersó completamente reventada, y en un segundo y medio, el estampido recorrió los quinientos metros que había desde la avioneta hasta la casa, llegando cuando todavía ninguno de los que acababan de ver desintegrarse la avioneta habían tenido tiempo de comprender ni de reaccionar.

Los tres irlandeses cayeron hacia atrás, se pusieron inmediatamente de rodillas, y llevaron sus manos a los rostros, llenos de la sangre que brotaba de la gran cantidad de pequeñas heridas, mientras Galina Cherkova, que había quedado sentada en el suelo, miraba la destrozada ventana, con expresión desorbitada.

O'Rourke fue el primero en ponerse en pie. Seguramente, las

heridas en su rostro no tenían peligro alguno, pero su aspecto resultaba impresionante, aterrador.

—¡Lo ha matado también a él! —aulló—. ¡Eso lo ha hecho Cunningham, tiene que estar por aquí…!

O'Neil y O'Brien, no menos impresionantes de aspecto que su amigo, se habían puesto ya también en pie, y el primero echó a correr hacia la puerta.

—¡Vámonos de aquí! —gritó.

Corrieron los tres hacia la puerta, saliendo del salón antes de que nadie hubiese podido reaccionar. Galina comenzó a ponerse en pie, volviendo de pronto la cabeza hacia Bowman, que la contemplaba amablemente en tanto se le acercaba, tendiéndole la mano.

—Arriba, muñeca —dijo—: será mejor que también nosotros nos larguemos, antes de que la gente de este lugar reaccione. Y no tenga miedo, pues con nosotros está segura. Esos desdichados también habrían debido quedarse con nosotros, se lo aseguro.

Galina se puso en pie, desdeñando la mano de Bowman, y corrió hacía la ventana, haciendo crujir bajo sus pies los fragmentos de cristales. Se asomó, y vio a los tres irlandeses corriendo hacia el coche de O'Neil, estacionado un poco más arriba de la entrada al jardín.

—¡Vuelvan! —gritó—. ¡Vuelvan inmed…!

La grande y fuerte mano de Bowman cayó sobre su boca, mientras el sujeto la abrazaba por detrás con el otro brazo, inmovilizándola.

—Cierre la boca —gruñó Bowman.

En aquel momento, O'Neil llegaba junto a su coche, sacaba las llaves del bolsillo, y abría la puerta. Abrió Ja de atrás del mismo lado antes de entrar, y se colocó ante el volante. O'Rourke pasó al asiento de atrás a toda prisa, y, en el momento en que O'Brien alzaba un pie para entrar a su vez, Galina Cherkova veía el gesto de O'Neil moviendo la llave para dar el contacto…

Fue una explosión tremenda.

Pareció que el mismísimo infierno perforaba la tierra para aparecer en la superficie, con un estruendo espantoso, haciendo reventar el coche como si fuese de cartón y no de hierro. Se desgarró, se abrió como si fuese una enorme flor roja y negra, que

al abrirse esparciera a su alrededor tres cuerpos convertidos en pedazos diminutos…

El calor de la explosión llegó, como un golpe seco, al rostro de Galina Cherkova, que en aquel mismo instante golpeaba hacia atrás con el codo derecho. Oyó el bufido de dolor de Bowman, que aflojó la presión sobre su boca y en su cintura. Sólo un poco, pero lo suficiente para que Galina se desprendiera de sus manos, se volviera hacia él, y lanzase un golpe lateral, paralelo al suelo, con su mano derecha, rígida, utilizando el borde.

El golpe acertó a Bowman en la garganta, pasando rozando la barbilla, y lo tiró de espaldas al suelo, muerto fulminantemente.

Pero junto a Bowman, estaban ya dos de sus compañeros, que saltaron hacia Galina furiosamente… Recibió a uno de ellos con un rodillazo en el bajo vientre que le hizo lanzar un berrido de dolor y caer de rodillas ante las de ella. Al mismo tiempo, Galina introducía la mano en su escote, agarraba la pistolita, sacándola a toda prisa…, y el otro hombre caía sobre ella, aferrándose a su mano armada.

La espalda de la espía chocó contra la parte inferior de la ventana, rebotaron ambos, y cayeron, de espaldas el hombre, sobre él la espía…, que recibió en el costado un bestial puntapié, propinado por otro de los cinco sujetos.

Con una mujer normal, incluso con un hombre corriente, la pelea habría terminado allí. Con Galina Cherkova las cosas fueron un poco más complicadas. La pistola escapó de su mano, desde luego, y ella rodó por el suelo, desencajado el rostro por el dolor, con la sensación de que todas sus costillas de aquel lado se habían hundido hasta lo más profundo de su cuerpo…

Pero, cuando uno de los hombres se adelantó, y se inclinó para asirla por los cabellos, dispuesto a ponerla en pie de un tirón, un puño pequeño, con el dedo corazón más adelantado, formando punta, se clavó en su abdomen con tal potencia que el hombre saltó hacia atrás, lívido como un muerto, y cayó de espaldas. Strick llegaba también, y alzó un pie, dispuesto a golpear con toda su fuerza. Galina giró hacia él, de modo que con su cuerpo golpeó en la pierna fija en el suelo de Strick, derribándolo.

Y mientras Strick caía, ella se ponía en pie, afrontando la carga de otro de aquellos hombres, que le lanzaba un mazazo a la cabeza

con su enorme puño. Galina paró el golpe con el antebrazo izquierdo, al mismo tiempo que giraba, colocándose de espaldas al hombre, y aferrando su puño tras pararlo, tiraba de él. El hombre fue desequilibrado hacia delante, cayó de pecho sobre el hombro de la espía…, y al instante siguiente salía despedido por encima de ésta en la espectacularísima y magníficamente seguida proyección de judo, la *seoi nage*.

Mientras estuvo volando los cuatro metros que lo separaban de la pared que tenía ante él, el hombre estuvo lanzando su grito de espanto, que se cortó de pronto al estrellarse de espaldas y cabeza abajo, para caer sobre ésta al suelo, finalmente.

Y en ese mismo instante, Galina Cherkova recibía el espantoso puntapié en los riñones.

Su rostro se desencajó, quedó lívido, sus ojos se desorbitaron…

Entonces, recibió el culatazo en la parte posterior de la cabeza.

Capítulo VIII

Precisamente otro golpe contribuyó a que recobrase el conocimiento.

Abrió los ojos, parpadeó, suspiró… Todavía pudo ver los dos coches detenidos a un lado del camino, y las dos puertas que se cerraban, con fuerte chasquido. El suelo trepidó bajo ella, un motor zumbó con fuerza… Finalmente, la sensación de movimiento, de desplazamiento.

—La perra ésta ha matado a Bowman —oyó la voz tensa de ira —. ¡Si no fuese porque la quiere viva…!

Galina Cherkova simuló estar todavía inconsciente, manteniendo los párpados entornados. Estaba viendo ahora las dos pequeñas ventanas, al fondo… En un par de segundos comprendió: la habían sacado del chalet, y en los dos coches que habían utilizado aquellos hombres para llegar allí, se habían marchado, llevándosela, abandonando aquellos lugares antes de que hubiese reacción alguna en torno a la doble explosión en la zona residencial. Luego, habían dejado abandonados los coches, y la habían metido en una camioneta de doble puerta trasera, con ventanillas fijas…

Esta era la situación.

Estuvieron viajando quizá veinte minutos. Al término de este tiempo, la camioneta se detuvo. Por las dos pequeñas ventanillas, Galina vio la verde frondosidad de unos pinos. Siempre sin separar del todo los párpados, miró hacia su izquierda, luego hacia su derecha… Y estuvo a punto de respingar, al ver junto a ella el rostro crispado de Strick…

Un pie golpeó en su costado sano.

—Te las das de lista, ¿eh? —Oyó el gruñido—. Sabemos que estás despierta, así que siéntate bien, ahí en esa parte, que podamos vigilarte. Y nada de tonterías, o te rompo todos los huesos, perra asquerosa.

Abrió los ojos, miró al hombre que, sentado en el piso y con la espalda apoyada en una pared de la camioneta la miraba con expresión furibunda. Le señalaba hacia la pared que separaba la caja de la camioneta de la cabina. Se deslizó hacia allá, y quedó sentada. Delante de ella, y a los lados, todos sentados en el piso, los cuatro hombres la miraban ceñudamente.

Cuando comenzaba a oscurecer, la camioneta se puso de nuevo en marcha. Nadie hablaba. Galina iba pensando en las palabras que había oído, apenas despertar, referentes a que la querían viva... ¿Para qué podía quererla viva Alex Cunningham? Sí, Alex Cunningham, porque no podía pensar otra cosa: aquello había sido, en todo momento, una jugada del monstruo...

—Estamos llegando —oyó, de pronto—, así que te diré lo que tienes que hacer. Cuando salgamos de la camioneta, caminarás entre nosotros, hacia el pesquero, sin hacer tonterías, y subirás a bordo con toda naturalidad. Hay una persona que quiere hablar contigo. Pero te lo advierto: si haces algo que no me guste, algo como lo que hiciste en aquella casa, te meteré nueve balas en las tripas. Estás avisada.

Galina miró a Strick, y asintió con un leve gesto. Poco después, la camioneta se detenía. Uno de los hombres saltó de ella, y al instante la espía percibió el olor a mar... a puerto, concretamente; o por lo menos, a embarcadero.

El hombre que había saltado, cerró las puertas. Regresó tres o cuatro minutos más tarde, y metió en la camioneta una gran cesta que olía a pescado. Subió, y ayudó a uno de sus compañeros a meter en la cesta el cadáver de Bowman. Luego, entre los dos, se la llevaron, mientras el quinto hombre, que había estado conduciendo la camioneta, aparecía, como refuerzo para Strick y el otro que quedaba.

—Ya lo sabes —murmuró Strick—: andando, perra.

Galina saltó de la camioneta, y comenzó a caminar hacia el pesquero que le señalaba Strick, amarrado al pequeño puerto. Desde luego, no era Deauville. Podía ser Benerville, Blonville-sur-Mer, Villers-sur-Mer... No había forma de saberlo, pues los indicios que quizá le hubieran ayudado no eran visibles en la oscuridad de la noche llegada hacía unos minutos. Claro: habían esperado a la noche para llegar allá, cargar el cuerpo de Bowman, llevarla a ella a

presencia de quien quería que conservase la vida…

Recorrió la pequeña pasarela hasta la cubierta del pesquero, y de un empujón le hicieron comprender que tenía que bajar. Lo hizo por una escalera resbaladiza. Strick y dos más estuvieron amenazándola con las pistolas, mientras los otros dos la ataban de pies y manos, y la dejaban tendida en el suelo. Luego, regresaron a cubierta, y poco después, el motor del pesquero comenzó a funcionar.

Mientras tanto, Galina miraba a su alrededor. Estaba en lo que debía ser el comedor del pesquero, capaz para una docena de hombres, por lo menos. Delante de ella había la entrada al pasillo en el que debían distribuirse los camarotes con literas…, y había una puerta, a su derecha, que debía corresponder a la cocina…

Volvió la cabeza, de pronto, para mirar nuevamente hacia el pasillo.

Allá, inmóvil, con las manos en la cintura, estaba el monstruo, mirándola atentamente. A la sórdida luz amarillenta de la única bombilla que brillaba en el comedor con olor a pescado, la espía pudo ver confusamente el abrasado rostro, que parecía de color rojo claro. Era horripilante contemplar aquel amasijo de carne quemada. Miró las manos, que… sí, parecían de seda roja…

—¿Quién es usted? —susurró el monstruo.

Brigitte Montfort, alias *Baby*, se pasó la lengua por los labios.

—Galina Cherkova, agente de la MVD —musitó.

El monstruo estuvo unos segundos todavía inmóvil. Luego, cogió una silla, la colocó delante de Galina Cherkova, y se sentó, con un gesto elegante, desenvuelto. Ahora podía ver mejor aquel rostro… Y por un instante, la divina espía cerró los ojos.

—¿Le causo miedo? —rió él.

Ella le miró fijamente.

—Por su aspecto, no —replicó—; sólo por sus acciones.

—Entiendo. Usted quería hablar con Stanley Mark Morgan… ¿Para qué?

—¿Qué importa eso ahora?

—Quiero saberlo.

—Está bien… La MVD necesita disponer de un hombre tan importante como era Morgan en los servicios secretos británicos.

—¿Para qué?

—No lo sé. Mi misión consistía en estudiar a Stanley Mark Morgan, en llegar a saber si él estaría dispuesto a aceptar negociaciones con la MVD. Sea lo que sea lo que mi Directorio esté preparando en Inglaterra, yo lo ignoro, se lo aseguro. Supongo que otros camaradas estarían buscando acercamiento a otros hombres del servicio secreto británico, más o menos importantes que Morgan. A mí me correspondió él, eso es todo. No sé nada más.

—¿Y sólo con esto quería usted negociar con Morgan?

—Yo no tenía que negociar. Sólo saber si él estaría dispuesto a hacerlo. En ese caso, otras personas habrían hecho contacto con Morgan.

El monstruo estuvo pensativo unos segundos, antes de asentir con un gesto.

—La creo. Conozco muy bien cómo funcionan los servicios secretos.

—Así ha de ser, puesto que usted pertenece… perteneció a MI5, Cunningham. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Ya no lo sé. Me interesaba saber lo que la MVD tenía que proponerle a Morgan. Ahora ya lo sé. Y en consecuencia, usted ha dejado de ser necesaria.

—Pero quizá usted, en cambio, pueda ser útil.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió el monstruo.

—La MVD podría utilizarlo adecuadamente. No veo ningún motivo por el que usted y yo tengamos que ser enemigos… Recuerde que en las veces que hemos conversado por teléfono, yo insistía en tener una conversación más amplia.

—Sí, es cierto… No me interesa, sin embargo.

—¿Por qué no?

—Con esta cara, yo no podría ser útil a nadie.

—Debajo de esa carne quemada hay un cerebro: la MVD, tiene siempre trabajo para un buen cerebro. Además, sin duda alguna, usted posee una interesante información respecto a los proyectos que tenía Stanley Mark Morgan en su relación con esos irlandeses… No tengo la menor duda de que a la MVD, le gustaría conocerlos.

El monstruo movió su brazo izquierdo, dejando al descubierto su reloj pulsera, que estuvo contemplando en silencio unos segundos, durante los cuales sólo se oyó el tap-tap-tap-tap-tap del motor del pesquero, navegando… ¿hacia dónde?

—En efecto —dijo, de pronto, el monstruo—, yo conozco a la perfección los planes que tenía Morgan. Por culpa de eso, tengo el aspecto que está viendo.

—Quizá eso no le habría ocurrido si usted en lugar de hacerle chantaje a Morgan, hubiese pasado la información a su servicio, Cunningham.

—Quizá. Pero vi la oportunidad de enriquecerme de una vez por todas. Es cierto: sorprendí a Morgan, él no tenía ni idea de que yo me interesaba por él… Se extrañó muchísimo. Él y sus amigos me pagaron un millón de dólares. Es decir…

—Sé lo que ocurrió. Los detalles no importan. Pero si me gustaría saber qué estaban preparando Morgan y los irlandeses.

—¿Qué importa que usted lo sepa? Los irlandeses habían contratado a Morgan, para que les ayudase. ¿Sabe lo que querían esos hombres que he ido matando?

—Una sola Irlanda libre.

—No sé si comprendo.

—Querían unir Irlanda del Norte al Eire. Es fácil de comprender. Toda la isla una sola Irlanda… ¡Ingleses, fuera de aquí!

—¿Y cómo podía conseguir Morgan semejante cosa para esos cinco hombres?

—Provocando una auténtica guerra entre Eire e Inglaterra. ¿Conoce usted lo que está pasando en Irlanda del Norte, claro?

—Claro.

—Bien. Hay atentados, escaramuzas, asesinatos… ¿Y sabe por qué, y quién ha estado provocando la mayor parte de esas cosas?

—¿Quién?

—Stanley Mark Morgan, bajo las órdenes de los irlandeses de París. Éstos le pagaban para que provocase situaciones que indignasen a los irlandeses, incitándolos a una guerra formal, con el objetivo de unir la isla en una sola Irlanda. La mayor parte de los atentados y roces han sido provocados por Morgan y sus hombres. Naturalmente, atentados que… hiciesen arder la sangre de los irlandeses… Las muertes de unos cuantos soldados no han tenido nunca demasiada importancia. Se supone que los soldados han sido creados para morir. Pero, la muerte de mujeres y niños…

Galina Cherkova palideció intensamente.

—¿Me está usted diciendo que las muertes de mujeres y niños…

han sido provocadas… deliberadamente?

—En su mayoría.

—Eso no… no puede ser… verdad… ¡No es posible! —Le aseguro que sí. Había que conseguir esa guerra fuese como fuese. Stanley Mark Morgan fue… contratado para buscar un sistema que la provocase. Y tuvo esa feliz idea. Contrató a un puñado de asesinos, y, periódicamente, los enviaba a Belfast y alrededores. Allá, esos asesinos realizaban atentados contra autobuses escolares, mujeres acompañados de niños… Tiendas, escuelas, iglesias… Y últimamente, Morgan estaba preparando el gran golpe: el asesinato en masa de más de doscientas mujeres y niños, que se reunirían en el patio de una escuela, al final del curso escolar.

—No —jadeó Galina—. ¡No lo puedo creer! ¡No!

—Es la verdad.

—Entonces… ¡bien muerto está Stanley Mark Morgan! ¡Y los otros cinco! Pero, especialmente, Morgan… Yo soy una espía rusa, Cunningham, pero si hubiese sabido esto, habría matado personalmente a Morgan.

—Quizá no habría llegado a tiempo. Hay un hombre en el MI5 que ya estaba tras él… Usted no debe conocerlo, quizá. Yo le conozco bien. Es un hombre que se puso en movimiento cuando… yo desaparecí. Comenzó a investigar. Y Morgan lo sabía… Sabía perfectamente que tenía tras sus pasos a un fantasma… ¿Ha oído hablar del agente británico John Pearson?

—No estoy segura… ¿Pearson? Quizá. No sé.

—Es un hombre… muy inglés. No se altera por nada, pero cuando empieza a seguir un rastro, jamás lo abandona. Le conozco muy, muy bien. Sí, es un hombre muy peligroso, tenaz, inteligente… En la actualidad, está ocupando un cargo importante en el servicio secreto… Un cargo que, últimamente, ha tenido bastante descuidado. Y Stanley Mark Morgan se dio cuenta de eso, y también de que John Pearson le estaba olfateando los talones. A fin de cuentas, tampoco Morgan era ningún tonto.

—Era un canalla asesino, que es peor.

—Son puntos de vista. De todos modos, Morgan estaba liquidado. No habría durado mucho, ya fuese debido a mis ataques, o a la labor de John Pearson. Bien muerto está, en efecto.

—¿Y los otros hombres de Morgan? Me refiero a esos

mercenarios asesinos que han estado matando niños a propósito, a los que iban a realizar el atentado contra esa escuela… ¿Quiénes son?, ¿dónde están?

—No se preocupe por ellos. Pienso ocuparme personalmente de este asunto, en el que nadie que haya intervenido quedará con vida.

—¿Yo, tampoco?

El monstruo volvió a mirar su reloj de pulsera.

—Lo pensaré —dijo—. Lo pensaré durante un tiempo, mientras nos dirigimos a nuestro punto de destino.

—¿Cuál es ese punto de destino?

—Ustedes, los espías, siempre están haciendo demasiadas preguntas —dijo el monstruo, poniéndose en pie.

Y sin más, regresó hacia el pasillo de los camarotes, dejando sola a Galina Cherkova.

Tap-tap-tap-tap-tap-tap-tap…

La espía miró a todos lados, como si tuviese a su alcance alguna solución que sólo necesitaba ser localizada. Y de pronto, volvió la cabeza hacia la puerta de lo que debía ser la cocina del pesquero. Miró hacia el pasillo de los camarotes, de nuevo a la cocina…

Sin más vacilaciones, atada de pies y manos, comenzó a intentar ponerse en pie. Por tres veces cayó, en silencio, rodando con suavidad cuando perdía el equilibrio. A la cuarta, quedó erguida, conteniendo el jadeo producido por el esfuerzo. Y así, atada de pies y manos, comenzó a dar pequeños saltos hacia la cocina, que distaba apenas cuatro metros. Durante ese recorrido, cayó dos veces, pero la tercera lo hizo ya dentro de la cocina. Allí, apoyándose en uno de los armarios, volvió a ponerse en pie.

Con los dientes apretó el pomo de una de las puertas del armario, y tiró, abriéndola. Y allí mismo, ante sus ojos, vio algunos cuchillos, colocados verticalmente en la parte interna de la puerta, introducidos entre ésta y una tira metálica. Tras breve vacilación, se dejó caer al suelo, se quitó un zapato restregando el pie contra el piso, y luego lo cogió por el tacón con los dientes, fuertemente. De nuevo se puso en pie, y con la punta del zapato comenzó a empujar uno de los cuchillos hacia arriba. Lo consiguió al tercer intento: el cuchillo fue subiendo, paralelo a la puerta, hasta que, por fin, la punta rebasó la tira metálica, hacia arriba, y el peso del mango lo hizo caer al suelo.

Durante unos segundos, tras el golpe del cuchillo contra el suelo, Galina Cherkova permaneció inmóvil, esperando, tensa. Nada sucedió. Seguía oyéndose tan sólo el tap-tap-tap-tap-tap del motor…

De nuevo se dejó caer al suelo, encima del cuchillo, y una de sus manos asió el mango. Otra vez tuvo que ponerse en pie. Se colocó de espaldas al armario, y sujetando con toda su fuerza el cuchillo,-lo colocó de punta hacía la madera. Entonces, presionó fuertemente con la región lumbar, notando cómo la hoja de acero se iba hundiendo en la madera.

Luego, todo fue fácil, sencillo. Con el cuchillo clavado allí, el filo hacia arriba, pudo cortar las cuerdas que sujetaban sus manos. Y una vez libres éstas, todavía fue más fácil tomar el cuchillo y cortar las cuerdas que sujetaban sus pies.

Se quitó el otro zapato, y salió de la cocina, tras tomar tres cuchillos más. Con todos ellos en la mano izquierda, llegó al pasillo, donde había cuatro puertas. Aplicó el oído a la primera de la derecha, pero no oyó nada dentro. Tampoco en la segunda. Ni en la tercera, ni en la cuarta…

«Tendría que oír al menos su respiración, suponiendo que se haya dormido —pensó Galina Cherkova».

Abrió la cuarta puerta, echándose rápidamente a un lado. Nada sucedió. Era un dormitorio, con dos filas de tres literas cada una. Abrió la puerta de enfrente a este dormitorio colectivo, y vio otro camarote, más pequeño, con una mesa de despacho y dos literas a la derecha… Una ráfaga de aire llegó al rostro de la espía internacional, que miró hacia la abierta portilla circular, por la que entraba el salobre aire marino.

Pero allí tampoco había nadie, así que pasó a abrir otra puerta. Correspondía a otro dormitorio colectivo de seis literas. La última puerta, en el mismo lado del camarote de dos literas, correspondía a otro camarote, pero no había literas allí, sino cajas, redes, cestos…

Eso era todo.

Galina Cherkova regresó al pasillo, y se quedó allí, pensativa, desconcertada. ¿Quizá había subido a cubierta Cunningham, mientras ella estaba en la cocina…?

«No —pensó—. Si hubiera salido del pasillo, se habría dado cuenta de que yo no estaba en el comedor, y habría dado la voz de alarma a sus hombres. Él no ha salido de esta parte del barco…».

Pero entonces... ¿dónde estaba? ¿Dónde se había ocultado Alex Cunningham? ¿Y por qué?

De pronto, la espía más peligrosa del mundo respingó y palideció. Dio media vuelta, corrió hacia el camarote que sólo tenía dos literas y la mesa de despacho, y entró a toda prisa. Su mirada fue en el acto hacia la portilla abierta. Lanzó una exclamación, dejó caer los cuchillos, y se aferró al borde de la portilla... Retiró las manos, y miró al suelo. Por supuesto, allá, volcado, había un taburete. Lo puso bajo la portilla, se subió a él, y con un ágil impulso, pasó medio cuerpo fuera de la portilla, recibiendo el frío aire nocturno, estremeciéndose.

Pero no vaciló ni un instante en empujarse con las manos en el casco del pesquero, de modo que su cuerpo terminó de salir, y cayó al mar, de cabeza, nadando con todas sus fuerzas, frenéticamente, para hundirse... Por encima de ella pasó el pesquero, removiendo el agua con su hélice, movida por el motor: tap-tap-tap-tap-tap...

Cuando el pesquero hubo pasado, Galina Cherkova regresó a la superficie. Vio sus luces de navegación, alejándose. Y delante de ella, ahora que el barco no podía ocultarlas, vio la costa, llena de pequeños núcleos de luces.

Y justo en aquel momento, en el mar brotó una luz mucho mayor, de gran intensidad, mientras la fortísima explosión llegaba hasta la espía, produciéndole la sensación de una bofetada caliente... El pesquero acababa de saltar en pedazos, envuelto en una gran llamarada, de la que Galina huyó por el simple procedimiento de sumergirse.

Cuando reapareció en la superficie del pesquero quedaba solamente una pequeña parte, que ardía, esparciendo una luz roja alrededor, haciendo brillar las aguas agitadas por la tremenda explosión.

Y la veloz lancha aparecía en aquella zona tan intensamente iluminada en rojo. De pie ante el volante de la lancha, un hombre, cuyo rostro parecía pintado con sangre. El motor de la lancha dejó de oírse, y el pequeño vehículo acuático siguió deslizándose, cada vez más lentamente, hacia donde ardían los restos del pesquero.

El hombre de la lancha se pasó las manos por la cabeza, en un gesto desesperado. Luego, sacó una pistola...

—¡John! —llamó Galina Cherkova.

El hombre se detuvo en su gesto, y miró alrededor. Movió la cabeza negativamente…

—¡John Pearson! ¡Aquí!

La espía comenzó a nadar hacia la lancha, golpeando con fuerza el agua, para provocar mucha espuma, de modo que pudiese ser vista. El hombre de la lancha guardó la pistola precipitadamente, y en seguida el motor volvió a rugir. La lancha describió un arco, el motor fue parado nuevamente, y finalmente, muy despacio, llegó adonde Galina Cherkova, dejando de nadar, tendió los brazos hacia arriba. John Pearson la asió por las manos, la subió a bordo de un tirón, y la estrechó contra él, mientras un sollozo profundo, ronco, brotaba de su pecho, y todo su cuerpo se estremecía.

Durante unos segundos, estuvieron así. Brigitte Montfort, aceptando el abrazo, Y John Pearson sujetándola como si se tratase de su propia vida, que pudiese escapar de un momento a otro. Por fin, Brigitte se separó, suavemente.

—John —susurró—: ¿Qué ibas a hacer con la pistola? ¿Creías que podía quedar alguno de esos hombres todavía vivo?

—Sí… Sí. Sí, eso era…

—Nadie que estuviese en ese pesquero podía quedar con vida, John.

—No sé… Pensé… ¡Por Dios, pensé que por mi culpa habías muerto, y… y…!

—Olvídalo —Brigitte le tomó el rostro entre las manos, y lo besó cariñosamente—. Es todo un milagro, pero estoy viva. Y aunque hubiese muerto, tú sabes que eso tenías que soportarlo.

—Pero habría sido por mi culpa, por…

—No vamos a hablar nunca más de esto. Dime: ¿estamos ante costa francesa o inglesa?

—Francesa. Os he estado siguiendo desde que salisteis del chalet, esperando el momento oportuno para intervenir, pues si atacaba mientras estuviesen ante ti, te habrían matado… Y… y de pronto…, veo… veo explotar el pesquero…

—¿No viste nada más?

—No… No. ¿Qué tenía que ver?

—Tengo frío —se estremeció Brigitte—. ¿Estamos muy lejos de mi apartamento de Deauville?

—No. Podemos llegar allá en media hora escasa. Toma, ponte mi

chaqueta, mientras tanto… Pero es mejor que antes te quites esa ropa mojada. Cuando lleguemos al embarcadero de Deauville, yo mismo iré a buscarte ropa al apartamento.

Brigitte se desnudó, y luego se puso la chaqueta de John Pearson, lanzando un suspiro de alivio.

—Por favor, vamos allá, John. Tengo hambre, sueño, frío…, y estoy todavía aterrada por lo que he sabido que estaban tramando Stanley Mark Morgan y los cinco irlandeses de París…

Capítulo IX

En Zúrich, el hombre de mediana edad que a la mañana siguiente salió de aquella importante banca suiza, podía parecer cualquier cosa, menos, desde luego, un millonario. Parecía tener unos sesenta años, vestía vulgarmente, casi se diría que pobremente, y caminaba como agotado por el peso de la mediana maleta de cartón pintado.

Y sin embargo, era millonario. Multimillonario, en realidad, ya que aquella mugrienta maleta contenía ni más ni menos que cinco millones de dólares. Es decir, treinta millones de francos franceses, sólo que, como se ha dicho, en dólares.

Cuando entró en el taxi, que detuvo con una seña, el taxista se quedó mirándolo, un tanto incómodo, por el espejo retrovisor. Pero, a fin de cuentas, el anciano barbudo y con lentes, de pobres ropas y asquerosa maleta, tenía derecho a utilizar los servicios de un taxi, así que escuchó la dirección, asintió con la cabeza, y se puso en marcha.

Doce minutos más tarde, el taxi se detenía delante de un viejo edificio de tres pisos, y el barbudo anciano de la mugrienta maleta, se apeó, tras pagar el importe del servicio. Entró en el edificio, subió al tercer piso, entró en uno de los pequeños apartamentos, y cerró la puerta tras él.

Sólo entonces resplandeció una amplísima sonrisa en el rostro del anciano barbudo. Entró en el pequeño saloncito, abrió la maleta, y durante casi un minuto estuvo contemplando el dinero. Luego, cerró la maleta, y, sonriendo de nuevo, fue al cuarto de aseo. Se colocó ante el espejo, y se quitó los lentes y la barba postiza.

Le había costado casi tres meses prepararlo todo, pero, finalmente, lo había conseguido; Durante tres meses se había preparado aquella personalidad en Zúrich, había abierto una cuenta-clave en la banca, había alquilado el apartamento… Tres meses de trabajo metódico, muy cuidadoso, utilizando sus

conocimientos de espionaje, sus facilidades enormes para conseguir documentación falsa, su experiencia en cuestiones de aquella clase. Y ahora, todo lo que le quedaba por hacer era instalarse en la clínica donde ya tenía concertada la fecha para la operación de cirugía plástica que cambiaría su rostro definitivamente. Conseguido esto al cabo de algunas semanas, sólo tendría que cumplimentar el pasaporte falso también definitivo. A partir de ese momento, no quedaría nada de su anterior personalidad. Sería un hombre nuevo, con cinco millones de dólares…

Se lavó la cara con jabón; restregando con fuerza. Todavía un detalle, antes de someterse a la operación de cirugía plástica, y era asegurarse de que el dinero quedaba en lugar seguro hasta que, como un hombre nuevo, fuese por él.

Ya lavado su rostro, limpio de todo maquillaje, el hombre se estuvo mirando al espejo, unos segundos. Tenía que utilizar otro disfraz para abandonar Zúrich, pues ya, el anciano de la maleta mugrienta debía desaparecer también.

Salió del cuarto de aseo, para cruzar el saloncito y entrar en el dormitorio, donde tenía el siguiente disfraz que…

—Buenos días, Stanley Mark Morgan —saludó la voz, cascada, agria, hostil.

Stanley Mark Morgan respingó, dando al tiempo un salto, sobresaltadísimo, volviéndose hacia el lugar de donde había llegado la voz.

Y al ver a aquella mujer, palideció.

Era una… una monstruosidad. Su cabeza parecía… una bolsa de color rojizo, sin cabellos. Sus facciones parecían de goma arrugada, retorcidas en horrendas cicatrices relucientes. La boca era una especie de hendidura siniestra, y parecía… parecía que se le veía el hueso de la nariz.

—¿Quién es usted? —jadeó Stanley Mark Morgan.

—Soy lo que queda de Galina Cherkova, la espía rusa que asesinó anoche, con el grupo de hombres que trabajaban para usted. Hágase cuenta de que, en lugar de haber pasado sólo unas horas, han pasado tres meses, y, una vez en condiciones de moverme, he venido a vengarme de usted. ¿Qué le parece?

—Usted… usted está loca…

—Digamos, simplemente, que he sido un poco tonta, Tenía que

haber comprendido antes su jugada, señor Morgan. Y debo admitir que ha sido genial. Absolutamente genial. Debí comprenderla antes, pero no pude conseguirlo, a pesar de que había algunos detalles que no encajaban con la personalidad de Alex Cunningham. Por ejemplo, ese sadismo al matar. Un espía, salvo que sea necesario, no hace esas cosas… No se entretiene en cortar cabezas con un hacha, ni en cortar orejas para clavarlas con alambres en los ojos de la víctima desorejada, ni en ahorcar pobres mujeres que confían en él… Debí comprenderlo antes, sí, pero temo que estaba un poco… preocupada por cierta información que había recibido sobre una persona muy amada. Es muy probable que eso me impidiera pensar con claridad. Pero, cuando en el pesquero conseguí desatarme, y no lo encontré allí, lo comprendí todo de golpe.

—¿Y qué ha comprendido usted?

—Que Alex Cunningham, ciertamente, murió al explotar el portafolios, y saltó en pedazos con la lancha. Luego, usted, que sabía que John Pearson había comenzado a olfatearlo, decidió que había que hacer algo. Algo inteligente. ¿Matar a Pearson? No. Eso podría complicar más las cosas. En determinado momento, usted pensó, supongo que lo más conveniente sería desaparecer usted mismo. Pero, claro, no iba a huir como un pobre tonto, sin dinero, y sabiendo que, si hacía tal cosa, sería buscado por todos los servicios secretos británicos… Había que desaparecer completamente. Y… ¿qué mejor modo de desaparecer completamente que morir, señor Morgan?

—Es usted muy inteligente —sonrió el inglés.

—Mucho, en efecto. Y si no hubiese estado tan preocupada, algunas personas no habrían muerto. Sin embargo, bien muertas están, ya que todas ellas lo merecían, tanto los cinco irlandeses como los hombres que usted estaba utilizando para el asunto de Irlanda del Norte. Oh, Dios mío, si, ¡bien muertas están esas fieras!

—Todas esas quemaduras que veo en su rostro son falsas… Son un disfraz, simplemente, muy parecido al que he estado utilizando yo mismo.

—Desde luego. ¿Quiere ver mi verdadero rostro?

—Sí.

La horrenda mujer se pasó la mano bajo la barbilla, lavó allí dos dedos, y tiró hacia arriba, despegando de su cabeza toda la máscara

de goma que producía el escalofriante efecto. Sacudió la cabeza con un gesto muy femenino, y los largos cabellos negros, ondulados, se esparcieron sobre sus hombros, enmarcando el bellísimo rostro.

—Se está mejor sin esto. Ha sido sólo una pequeña broma.

—¿Ha venido aquí a bromear?

—No. He venido a matarlo. Cuando un hombre hace lo que ha hecho usted, yo lo mato, señor Morgan.

—Yo no he hecho nada que le importe a usted —susurró Stanley Mark Morgan.

—¿No? Bueno, veamos… Lo primero fue el asesinato de Alex Cunningham, pero éste, en cierto modo, se merecía lo que le ocurrió, por no denunciarle a usted a su jefe de servicio. Luego, los asesinatos de los irlandeses de París… Aquello estuvo muy bien planeado…

—Usted no puede saber cómo lo hice todo.

—Lo sé, señor Morgan. Primero, les hizo creer que Alex Cunningham estaba vivo, enviándoles unas notas, y apareciendo ante ellos cuando abrieron la puerta del chalet cercano a Saint Hymer… Es decir, aquel monstruo no era usted, sino uno de sus hombres, al que vamos a llamar su doble. Su doble, señor Morgan, se puso el maquillaje adecuado, y les dio el gran susto a los cinco irlandeses, cuando la puerta fue abierta. Es decir, cuatro irlandeses, porque a Sanderson ya lo había matado usted por la mañana. Simplemente, fue a su casa, y lo mató, ya que Sanderson le recibió sin temor alguno. ¿Correcto?

—Sí.

—Luego de esto, dejó encargado a su doble de lo que tenía que hacer, y por la tarde fue al chalet. Cuando Mathiesson le llevaba hacia el embarcadero, usted debió pedirle que le condujera a su casa, engañándole con cualquier mentira, como por ejemplo, decirle que había tenido una idea muy buena, y que quería ir a París, para hablar con los demás otra vez. Llegaron a la casa de Mathiesson, lo metió en el invernadero, y lo mató. Luego, llamó a la casa, y la señora Mathiesson le abrió, por supuesto, ya que había visto el coche de su marido, y al propio Gerald Mathiesson entrando con usted en el invernadero. Golpeó a la pobre mujer, la subió al dormitorio, le quitó la bata, la ató y la amordazó con corbatas del propio Mathiesson, y la colgó, desgarrándole el camisón…

Horrendo.

—Divertido —corrigió Morgan, sonriendo.

La divina espía se limitó a parpadear, mientras sus ojos parecían ir convirtiéndose en dos trocitos de hielo azul.

—Después, se reunió con su doble, delante de la casa de Mathiesson, porque sabía que iríamos allí, después de encontrar muerto a Sanderson. Es decir, sabía usted que irían los otros tres, pues respecto a mí, sólo sabía lo que le dijo su doble, después de nuestro breve encuentro ante el chalet de Saint Hymer. De todos modos, procedió a seguir asustando a los irlandeses, ordenándole a su doble que esta vez les tirase una bomba de humo. Luego, los dos regresaron a Inglaterra, supongo. Desde allí, terminó de prepararlo todo, y cuando ya O'Brien le había llamado por la mañana, volvió a Francia, dejando a su doble encargado de volar por la tarde hacia el prado que hay cerca del chalet. Naturalmente, a este desdichado lo engañó: no le dijo que había colocado una poderosa carga explosiva en la avioneta, y que usted estaría cerca de allí, de modo que, cuando a la hora convenida, él se dispusiera a aterrizar en el prado, tenía que morir, quedar tan desintegrado que todo el mundo creyese que quien había muerto era Stanley Mark Morgan. En cuanto al coche de O'Neil… Oh, sí, claro… Antes de regresar a Inglaterra con su doble, ustedes nos estuvieron vigilando, pudieron llamar al chalet cuando nosotros volvimos, y, al marcharnos en mi coche, colocaron la carga explosiva en el de O'Neil. ¿Me estoy equivocando en algo?

—No, no. Siga, por favor.

—Muy amable. Bien, como decía, usted hizo estallar la avioneta por medio de la carga explosiva que había colocado, y que activó con mando a distancia, al verla donde usted quería: sobre el prado. En cuanto a Bowman, Strick y los otros, ya debían saber la verdad, y por eso no se alteraron cuando la avioneta estalló. Ese es otro detalle en el que debí fijarme muy bien, en lugar de pensar que estaban trabajando para Cunningham, y que todo había sido un truco de éste, para, una vez muertos usted y todos los irlandeses, atraparme y llevarme al pesquero. De todos modos, usted quería hablar conmigo porque pensaba que no era cierto que yo fuese rusa, sino que era inglesa, y que estaba trabajando directamente para John Pearson, en cuyo caso, usted habría querido enterarse de qué

sabía exactamente Pearson. Pero, en cuanto me oyó hablar, supo que no era inglesa, y mi acento ruso, por otra parte, le convenció. Es decir, que yo también pude engañarle a usted, señor Morgan.

—En ese caso, estamos empatados, ¿no?

—Más o menos. Pero ahora se va a producir el desempate… A mi favor, por supuesto. Sé que en estos momentos no está armado.

—Precisamente por eso, no creo que me mate.

Brigitte Montfort sonrió, pero Stanley Mark Morgan tuvo la impresión de que dos rayos congelados acababan de penetrar en su cuerpo, procedentes de los ojos azules más hermosos del mundo.

—Señor Morgan, cuando un hombre planea lo que usted planeó, y en parte cumplió, está sentenciado sin la menor apelación posible. Comprendo su codicia, y que, al verse acosado, tuviese la inteligente idea de asustar a sus amigos irlandeses para conseguir su dinero antes de matarlos para que nada pudiesen decirle en concreto a Pearson, cuando éste llegase hasta ellos. Cuantas menos pistas sobre usted hubiese, mejor. Simplemente, Stanley Mark Morgan, que se había asegurado en esta ocasión de que en su aeródromo británico se enteraban de que venía a Francia y todo eso, para que se supiese que había muerto, debía desaparecer, víctima de un atentado. Y así ha sido. Oficialmente, señor Morgan, usted *ya está muerto*. Por lo tanto, nadie podría acusarme a mí de haberle matado, aquí y ahora.

—Cuando encuentren mi cadáver…

—No lo encontrarán. Cuando yo me marche de aquí, unos queridos amiguitos míos vendrán a recogerlo, y lo sepultarán donde jamás será hallado. Usted no es más que un hombre que ya murió, de modo que, legalmente hablando, yo no he podido matarlo jamás, ¿comprende?

La pistolita apareció en la mano derecha de Brigitte Montfort, que apuntó con ella a la cabeza de Stanley Mark Morgan.

—No se atreverá a disparar —susurró éste.

—¿Ha oído hablar de la agente Baby, señor Morgan?

De pronto, al oír esto, Morgan palideció intensamente, completamente. No había estado muy asustado, pero al oír aquella pregunta, quedó lívido.

—¿Usted… es Baby? —jadeó.

—Sí. Y usted es el hombre que ha estado asesinando niños y

mujeres, por medio de mercenarios. El hombre que iba a asesinar muchos más niños con sus madres, en una fiesta de curso escolar… Y todo ello, para provocar una guerra. ¿De verdad cree usted que la agente Baby no le va a matar por esto, señor Morgan?

Stanley Mark Morgan no contestó. Se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo.

Plof, chascó la pistolita de la implacable espía.

Luego, Brigitte Montfort se puso en pie, deslizando la pistolita en el escote. Cogió la maleta que contenía los tinco millones de dólares, y se dirigió hacia la puerta.

Poco después, aparecía en la calle. Un auto se detuvo cerca de ella, pegado al bordillo, y la espía internacional se sentó junto al conductor, luego de tirar la mugrienta maleta al asiento de atrás.

—¿Terminado? —preguntó John Pearson, alias *Fantasma*.

—Sí. ¿Dirás la verdad a tus jefes?

—Aún no lo sé. ¿El dinero está en la maleta?

—Claro. Ya me enviarás mi parte a casa, si te parece bien.

—Haré algo mejor: te lo ingresaré en tu cuenta secreta de aquí mismo. Y no es necesario que digas nada: sé que tú harás mejor uso de ese dinero que el MI5, la CIA, o yo mismo.

—Lo intentaré —musitó Brigitte, mirando su relojito—. Son las doce menos diez… ¿Sabes si hay algún vuelo para…?

—Hay uno. Brigitte, ¿cómo podría agradecerte…?

—Entre nosotros sobran expresiones de agradecimiento, mi querido Fantasma —sonrió Brigitte—. Dime: ¿qué vuelo tengo que tomar para llegar allá cuanto antes?

—Es una cortesía del MI5… Exactamente, del jefe de la Sección Internacional de Acción. Pero tendrás que saltar en paracaídas.

—Será mi salto número quinientos y pico… Cerca del seiscientos. John: ¿cómo podría agradecerte…? ¡Oh! ¡Iba a decir una tontería! ¿Verdad?

—Verdad —sonrió Fantasma—: entre nosotros sobran las expresiones de agradecimiento, mi querida Baby. ¿Dispuesta para el salto?

—Sí —musitó la divina espía.

Este es el final

Debían ser poco más de las tres de la tarde cuando el señor Angelo Tomasini, conocido en todo el espionaje mundial por Número Uno, abrió los ojos, despertando de su plácida siesta a la sombra de uno de los pinos de su hermosa, plácida, silenciosa Villa Tartaruga.

Sí. Era un avión lo que había oído… No: una avioneta. La vio segundos después, volando muy baja. Y justo cuando pasaba por encima de la villa, en dirección al mar, el paracaidista se lanzó desde ella.

La negra mirada de Número Uno quedó fija en aquel paracaidista excepcional, que caía como volando, planeando, sin abrir el paracaídas, esperando al último segundo para hacerlo. Y por lo tanto, asegurándose de que caería justamente allá donde quería caer… Sí, era un paracaidista excepcional. Desde luego, un deportista que debía haber efectuado anteriormente muchos, muchísimos saltos…

Y de pronto, el pétreo corazón de Número Uno dio un salto, más bien pareció estallar.

—Brigitte —musitó.

A muy poca distancia del suelo, justo sobre la villa, el paracaidista tiró, por fin, de la anilla. Luego, suavemente, descendió con toda exactitud sobre el verde césped, cerca de la piscina, controlando en todo momento el paracaídas, del cual se desprendió rápidamente, para hacerlo acto seguido con el casco protector, dejando sueltos los hermosos cabellos negros, que brillaron al sol.

Número Uno se puso en pie, y se dirigió hacia su inesperada visita, que le estaba mirando, y le esperaba en el centro de la zona de césped, inmóvil… Y a medida que se iba acercando, el gigante de los ojos negros y los cabellos color cobre iba viendo mejor los grandiosos ojos azules fijos en él.

«Por eso no contestaba el teléfono, en Nueva York —pensó

Número Uno—. ¿De dónde debe venir, en qué nueva misión se habrá jugado la vida…? Aunque ya no importa. Está aquí, y eso sí importa… Es lo único que importa. Está conmigo, y quizá hoy podré decirle cuánto la amo… Ella ya lo sabe, y dice que soy antipático porque no se lo digo con palabras. Sí, se lo voy a decir hoy… Pero, ¿cómo decirle a Brigitte cuánto la amo, utilizando palabras? Sin palabras, ella ya me ha entendido, pero… ¿qué palabras puedo utilizar? Soy un hombre culto, tengo a mi disposición todo un idioma… ¡Varios idiomas! Se lo puedo decir en muchos idiomas: Brigitte, mi amor, estaba solo, y al llegar tú la soledad ha desaparecido; el día es hermoso, pero me parecía triste…, y al llegar tú, el día es alegre. Hay sol, y me parecía que todo era negra noche…, y al llegar tú, no queda rastro de las tinieblas, y veo el sol luminoso llenando el cielo, que es menos azul y menos hermoso que tus ojos, que me están mirando tan fijamente mientras camino hacia ti, despacio… Me preguntaba qué significado tiene mi vida, y, al llegar tú, he encontrado la respuesta… Mi amor, mi amor, mi amor… ¿cómo decirte con palabras cuánto te amo? ¿Qué palabras podría unir, colocar una tras otra de modo que expresasen lo que siento por ti? Lo voy a intentar, te voy a decir con palabras lo que siente mi corazón cuando tú estás conmigo… Pero si no las encuentro, si mis palabras son torpes, si no consigo decírtelo como quisiera poder hacerlo, por favor, compréndeme, mi amor… Compréndeme, llega al fondo de mis pensamientos y dime que, sea lo que sea lo que te diga, es suficiente para ti, y yo sabré que me has comprendido, como siempre. Cuando te diga las palabras de amor que estoy buscando desesperadamente…».

Número Uno llegó en aquel momento delante de Brigitte Montfort, que le miraba fijamente, muy abiertos los maravillosos ojos, un gesto de anhelo en los labios, una mano sobre el corazón…

Entonces, Número Uno le tendió la rosa roja que había arrancado al pasar junto a uno de los rosales, y masculló:

—Feliz cumpleaños.

Baby Montfort sonrió dulcemente, tomó la rosa, y con ella en una mano, se abrazó al cuello de Número Uno, susurrando:

—No te tortures más, mi amor: es suficiente.

FIN

Notas

[1] John Pearson, «Fantasma», es gran y viejo amigo de Brigitte, con la que ha intervenido en algunas aventuras de la espía internacional. < <